

VIRGINIA WOOLF

UN CUARTO PROPIO


SUR
BUENOS AIRES

Titulo del original inglés
"A ROOM OF ONE'S OWN"

Traducción directa de
Jorge Luis Borges

Copyright by
Ediciones SUR
Buenos Aires, 1936.

VIRGINIA WOOLF

UN CUARTO
PROPIO

y 500 m/m mensua

SUR
BUENOS AIRES

CAPITULO PRIMERO

Herminia

PERO, dirán ustedes, nosotros le pedimos que hablara sobre las mujeres y la novela — ¿qué tendrá éso que ver con un cuarto propio? Intentaré explicarlo. Cuando me pidieron que hablase sobre las mujeres y la novela me senté en la orilla de un río y me puse a pensar lo que esas palabras querrían decir. Podían significar simplemente unas observaciones sobre Fanny Burney; otras sobre Jane Austen; un tributo a las Brontë y un esbozo de la casa parroquial de Haworth bajo la nieve; algunas eventuales ironías sobre Miss Mitford; una respetuosa alusión a George Eliot; una referencia a Mrs. Gaskell y asunto concluído. Pero repensándola bien, la empresa no me pareció tan sencilla. El tema *Las mujeres y la novela* puede querer decir, y ustedes pueden querer que quiera decir, las mujeres y lo que parecen; o sino las mujeres y las novelas que escriben; o tal vez las mujeres y las novelas que se escriben sobre ellas; o esas tres cosas inextricablemente mezcladas, y esto último puede ser lo que ustedes quieren que estudie.

Pero, al disponerme a adoptar esa interpretación, que me parecía la más interesante de todas, pronto advertí que tenía una desven-

taja fatal. Nunca podría llegar a una conclusión. Nunca podría cumplir lo que es, entiendo, el primer deber de un conferenciante: ofrecerles después de una hora de charla una pepita de verdad pura, que ustedes envolverían en las hojas de sus libretas y guardarían eternamente sobre el mármol de la chimenea. Sólo puedo ofrecerles una opinión sobre un tema menor: para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y un cuarto propio; y eso, como ustedes verán, deja sin resolver el magno problema de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la novela.

He eludido el deber de arribar a una conclusión; las mujeres y la novela son dos problemas que no he resuelto. Pero en compensación trataré de mostrarles cómo he llegado a esa opinión sobre el dinero y el cuarto propio. Voy a desarrollar ante ustedes, con toda la plenitud y franqueza posibles, el proceso mental que me condujo a ella. Si expongo las ideas o los prejuicios que respaldan esa tesis, ustedes acabarán por reconocer que ellas tienen alguna relación con las mujeres y la novela. Sea lo que fuere, cuando un tema es muy discutible — y cualquier tema donde interviene el sexo lo es — nadie puede esperar decir la verdad. Sólo es posible referir de qué modo uno ha llegado a una opinión. Sólo es posible dar al auditorio la oportunidad de formarse opiniones individuales, al observar las limitaciones, los prejuicios, las idiosincrasias del conferenciante. En este caso, los hechos son menos verdaderos que la ficción. Por eso, aprovechando todas las libertades y licencias del novelista, les contaré la historia de los dos días que precedieron a mi llegada — cómo, agobiada por el peso del tema que ustedes han cargado sobre mis hombros, lo repensé y lo entreveré con mi vida diaria. No preciso decir que lo que voy a describir no tiene existencia: Oxbridge es una invención, Fernham también, “yo” no es más que un símbolo cómodo para alguien que no existe

realmente. De mis labios fluirán mentiras, pero tal vez se mezclará con ellas alguna verdad; a ustedes les toca buscar esta verdad y resolver si vale la pena guardarla. Si no, claro que arrojarán el conjunto al canasto de los papeles y lo olvidarán para siempre.

Ahí estaba yo (díganme Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael, o el nombre que se les antoje — todo es igual) sentada a la orilla de un río, hace un par de semanas, en el hermoso tiempo de octubre, absorta en mi pensar. Ese yugo de que les hablé — las mujeres y la novela, la obligación de resolver de alguna manera un problema que despierta tantas pasiones y prejuicios — doblaba mi cabeza hacia el suelo. A derecha e izquierda, unas malezas coloradas y de oro, brillaban con un tinte de fuego, y hasta parecían arder con un calor igual. En la ribera opuesta, lloraban los sauces en perpetua lamentación, la cabellera desatada sobre los hombros.

El río reflejaba lo que quería de cielo y puente y árboles ardiendo, y cuando el estudiante había deslizado su bote por los reflejos, éstos se juntaban de nuevo, absolutamente, como si él no hubiera existido nunca. Ahí, mientras las horas giraban en el reloj, uno podía ensimismarse en su pensamiento. El pensamiento — para darle un nombre más orgulloso del que merecía — había hundido su línea en la corriente. Oscilaba, minuto tras minuto, de un punto a otro entre los reflejos y los yuyos, dejándose levantar y hundir por el agua, hasta — ustedes ya conocen el tironcito — la brusca aglomeración de una idea en la punta del aparejo, y después la subida cautelosa y la cuidadosa atracción. Ay de mí, qué insignificante y pequeño parecía ese pensamiento mío en el césped: el pez que un buen pescador restituye al agua para que engorde, y algún día valga la pena cocinarlo y comerlo. No quiero molestarlos ahora con ese pensamiento; si se fijan bien, ya lo descubrirán en lo que diré.

Pero por pequeño que fuera, tenía sin embargo esta propiedad misteriosa: restituído a la mente, se transformó de golpe en algo muy interesante y precioso, y al hundirse y dardear y zigzaguear y chisporrotear, promovió tal remolino de ideas que me fué imposible estar quieta. Fué así que me encontré caminando con suma rapidez por un cantero de césped. Inmediatamente la figura de un hombre se me cruzó. Al principio no comprendí que esas agitaciones de un objeto rarísimo, con un frac y camisa de etiqueta se dirigían a mí. Su cara manifestaba indignación y horror. El instinto más bien que la razón vino en mi ayuda: él era un Bedel; yo una mujer. Este era el césped; aquel el camino. Sólo el Profesorado y el Magisterio puede andar por aquí; el pedregullo es mi lugar. Esos pensamientos fueron la obra de un instante. En cuanto regresé al camino los brazos del Bedel descendieron, la cara se calmó y aunque mejor es pisar césped que pisar pedregullo, nada irreparable había sucedido. La única querrela que yo pude haber entablado contra el Profesorado y el Magisterio de aquel colegio era que para proteger su césped, alisado durante 300 años, habían espantado mi pescadito.

No puedo recordar cuál fué la idea que me impulsó a esa violación. El espíritu de la paz descendió del cielo como una nube, porque si el espíritu de la paz habita en algún lado, es en los patios y en los atrios de Oxbridge, una mañana hermosa de octubre. Caminando por esos colegios a través de esas viejas aulas, toda la aspereza del presente parecía alisada; el cuerpo estaba como guardado en una milagrosa vitrina impenetrable a cualquier sonido, y la mente, libre de todo contacto con los hechos (salvo que uno volviera a pisar el césped), podía serenamente emprender la meditación que condecía con el momento. Quiso el azar, que el recuerdo perdido de un antiguo ensayo sobre una visita a Oxbridge en las vacaciones me hiciera pensar en Charles Lamb

— en Saint Charles, como dijo Thackeray, poniendo sobre su cabeza una carta de Lamb. La verdad, es que de todos los muertos (les doy mis pensamientos como fueron llegando), Lamb es el más simpático; es aquel a quien yo hubiera querido decir: Cuénteme cómo escribió sus ensayos. Sus ensayos aventajan aún a los de Max Beerbohm, pensé, con toda su perfección, por ese inexplicable destello de imaginación, por esa grieta genial o relámpago que los raja por la mitad y los deja imperfectos y mutilados, pero constelados de poesía. Hará cien años que Charles Lamb vino a Oxbridge. Lo cierto es que compuso un ensayo — el nombre se me escapa — sobre un manuscrito de Milton que leyó aquí. Era tal vez el *Lycidas*, y Lamb se escandalizó de que cualquier palabra del *Lycidas* pudo no haber sido la misma que ahora es. Le parecía un sacrilegio que Milton se atreviera a modificar las palabras de aquel poema. Esto me llevó a recordar lo que pude de *Lycidas* y a distraerme en adivinar qué palabra corrigió Milton y por qué causas. Entonces recordé que el manuscrito revisado por Lamb estaba apenas unos centenares de yardas, de modo que uno podía repetir a través del patio los pasos de Lamb hasta la biblioteca famosa donde está guardado el tesoro. Además, recordé, al poner ese plan en ejecución, que en esa biblioteca famosa también se guarda el *Esmond* manuscrito de Thackeray. Los críticos repiten que *Esmond* es la novela más perfecta de Thackeray. Pero si no me engaño, el estilo afectado con su remedo del siglo dieciocho, resulta incómodo, salvo que la manera dieciochesca fuera natural en Thackeray — hecho que se podría verificar mirando el manuscrito y comprobando si los cambios son de contenido, o de estilo. Pero antes habría que determinar cuál es el contenido, cuál el estilo, problema que... pero ahí estaba yo en la puerta misma de la biblioteca. Debo haberla abierto, porque inmediatamente surgió, como un ángel guardián, vedando el

camino, con una agitación de ropaje negro en lugar de alas blancas, un caballero suplicante, plateado y bondadoso, que deploró en voz baja, al despedirme, que la entrada a la biblioteca sólo fuera permitida a señoras acompañadas por un profesor del Colegio o provistas de una carta de presentación.

Que una mujer haya maldecido una biblioteca famosa, es asunto del todo indiferente a la biblioteca famosa. Tranquila y venerable, con sus muchos tesoros guardados en su seno con triple llave, duerme con majestad y puede, por mi parte, seguir durmiendo así para siempre. Nunca despertaré esos ecos, nunca volveré a postular esa hospitalidad, juré indignada al bajar los escalones. Faltaba una hora para el almuerzo ¿qué iba yo a hacer? ¿Vagar por el parque, sentarme en la ribera? Indiscutiblemente era una hermosa mañana de otoño; las hojas coloradas caían sin el menor apuro a la tierra, me daba lo mismo hacer una cosa o la otra. Pero a mis oídos llegó una música. Algún servicio religioso o función estaba celebrándose. Cuando pasé junto a la puerta de la capilla, el órgano se quejaba magníficamente. En ese aire sereno la pena del Cristianismo era más el recuerdo de una pena que una pena presente, y hasta el rezongo de aquel órgano antiguo estaba saturado de paz. Yo no tenía ganas de entrar ni tal vez el derecho, y esta vez el sacristán podía detenerme, pidiéndome, quizá, la fe de bautismo, o una presentación firmada por el Deán. Pero el exterior de estos espléndidos edificios suele no ser menos hermoso que el interior. Además, era bastante divertido espiar la multitud de los fieles, entrando y saliendo, atareados en la capilla como abejas en la boca de la colmena. Muchos estaban de capa y birrete; algunos con estolas de piel sobre los hombros; otros llegaban en sillas de ruedas; otros, aunque no habían pasado la cuarentena, estaban planados en formas tan extrañas que hacían pensar en

los cangrejos gigantes que se arrastran penosamente sobre la arena de un acuario. Al recostarme contra el muro la Universidad me parecía un santuario donde se conservan especies raras que se extinguirían muy pronto si tuvieran que luchar por su vida en el asfalto del Strand. Cuentos viejos de viejos decanos y viejos deanes volvieron a mi mente, pero antes que yo juntara coraje para silbar — se susurraba que al oír un silbido el viejo Profesor X. salía inmediatamente al galope — la venerable congregación había entrado. Me quedaba el exterior de la capilla. Como es sabido, sus elevadas cúpulas y pináculos se pueden ver, iluminadas de noche y visibles por leguas a la redonda, desde las sierras, como un velero que siempre viaja y no llega nunca. Antaño, verosíblemente, este patio, con sus canteros lisos de césped, sus edificios sólidos y la misma capilla no eran más que un pantano, donde se agitaban los pastos y hocicaban los cerdos.

Yuntas de bueyes y de caballos, pensé, deben haber arrastrado en carros la piedra desde lejanos condados, y luego, con trabajo infinito los bloques grises a cuya sombra estoy fueron apilados unos encima de otros, y después los pintores trajeron cristal para las ventanas, y los albañiles estuvieron atareados siglos y siglos en aquel techo con masilla y mezcla, palas y picos. Todos los sábados, alguien había volcado un bolsón de oro y plata en sus puños antiguos, porque es de imaginar que en las tardes tenían su cerveza negra y sus bochas. Un inacabable río de oro y plata, pensé, debe haber fluido en este patio perpetuamente para que siguieran llegando las piedras y trabajando los albañiles: para nivelar, para zanjar, para cavar y para drenar. Pero aquella era la época de la fe, y se derramaba dinero liberalmente para levantar esas piedras sobre un cimiento sólido y cuando fueron levantadas las piedras, fluyó más dinero de los cofres de reyes y de

reinas y de grandes nobles para que finalmente aquí se cantaran himnos y aprendieran los estudiosos.

Tierras fueron cedidas; se pagaron diezmos. Y cuando pasó la época de la fe y llegó la época de la razón, prosiguió el río de oro y plata: se dotaron becas, se fundaron cátedras, sólo que el oro y la plata ya no fluían de los cofres del rey, sino de las arcas de industriales y mercaderes, de las carteras de hombres que habían hecho, digamos, una fortuna con la industria, y devolvían buena parte en testamentos, para más cátedras, más cursos, más becas en la universidad donde habían aprendido su oficio.

De ahí los laboratorios y bibliotecas; los observatorios; la espléndida instalación de instrumentos costosos y delicados, que ahora están en vitrinas, donde hace siglos se agitaban los pastos y hociaban los cerdos. Ciertamente, al recorrer el patio, el cimiento de oro y de plata me parecía muy profundo: el pavimento ahogaba con solidez el pasto silvestre. Hombres con bandejas en la cabeza se atareaban de escalera a escalera. En las macetas de los balcones florecían charros capullos. De las habitaciones internas salían acordes de fonógrafo. Era imposible no pensar — el pensamiento, fuera el que fuere, se cortó. Sonó el reloj. Era la hora de buscar el almuerzo.

Es un hecho curioso que a los novelistas les gusta hacernos creer que los almuerzos son invariablemente memorables por algo graciosísimo que se dijo, o algo muy prudente que se hizo. Pero es raro que concedan una palabra a lo que se comió. Forma parte de la convención novelística no hablar de sopa ni de salmón ni de patos, como si la sopa y el salmón y los patos carecieran de toda importancia; como si nadie hubiera fumado un cigarro o bebido un vaso de vino. Ahora sin embargo, me tomaré la libertad de desafiar esa convención y de

s lenguados inauguraron ese almuerzo, unos lengua-

dos sumergidos en una fuente honda, sobre los cuales el cocinero del Colegio había extendido una capa de blanquísima crema, aunque la jaspeaban borrones pardos como las manchas en el pelo de una cierva. Después llegaron las perdices, pero si esto sugiere una yunta de pájaros pelados y pardos en una fuente, mucho se equivocan ustedes. Las raíces varias y múltiples llegaron con su debida escolta de salsas saladas, las picantes y las dulces, todas en orden; sus papas, finas como fichas pero no tan duras; sus repollitos brotados como botones de rosa pero más succulentos. Y no bien hubimos cumplido con el asado y su escolta, el silencioso servidor, quizá el mismo Bedel en una encarnación más tranquila, erigió, festoneado de servilletas un postre que nació todo azúcar de las olas. Llamarlo budín y vincularlo con arroz y tapioca sería un insulto. Mientras tanto las copas de vino se habían sonrojado y dorado; vaciado y colmado. Y de ese modo se encendió gradualmente, en mitad de la médula que es el asiento del alma, no esa dura lucesita eléctrica que llamamos brillo y que entra y sale de los labios, sino aquel otro más profundo, sutil y subterráneo resplandor que es la rica llama amarilla del trato racional. A qué apurarse. A qué chispear. A qué ser otro y no uno mismo. Todos vamos juntos al cielo y nos acompaña Vandyck — en otras palabras, qué buena parecía la vida, qué gratas sus recompensas, qué trivial esa queja o aquel rencor, cuán admirables la amistad y la sociedad de los semejantes, mientras al encender un buen cigarrillo uno se hundía entre los almohadones del asiento de la ventana.

Si la casualidad me hubiera deparado un cenicero, si a falta de cenicero no hubiera tirado la ceniza por la ventana, si las cosas hubieran sido algo distintas de lo que fueron, yo verosíblemente no hubiera visto un gato sin cola.

La vista de ese abrupto y mutilado animal atravesando cautelo-

samente el patio alteró el tono emocional para mí, por algún azar subconsciente. Fué como si alguien hubiera corrido una cortina. Tal vez el excelente vino del Rhin estaba aflojando. Lo cierto es que al mirar al gato rabón detenerse en mitad del césped como si él también interrogara el universo, algo faltaba algo me pareció distinto. Pero ¿qué faltaba, qué era distinto, me pregunté, oyendo la conversación? Y para responder a esa pregunta, tuve que imaginarme fuera del cuarto, restituída al pasado, antes de la guerra, y tuve que proponer a mis ojos el simulacro de otro almuerzo servido en unas habitaciones no muy lejanas de estas; pero distinto.

Todo era distinto. Mientras tanto seguía la conversación entre los comensales, que eran muchos y jóvenes, unos de un sexo, otros de otro; seguía con entusiasmo, seguía desembarazada y feliz. Yo la destacué sobre el fondo de aquella otra conversación, y al comparar las dos, no tuve duda de que esta era la descendiente, la heredera legítima de la otra. Nada había cambiado; nada era distinto sino — aquí escuché aguzando el oído no lo que se decía, sino la corriente de fondo. Sí, era eso, el cambio estaba ahí. Antes de la guerra, en un almuerzo como este, la gente hubiera dicho las mismas cosas pero hubieran sonado distintas, pues en aquellos días las acompañaba una especie de zumbido, no articulado sino musical e incitante, que modificaba el valor propio de las palabras. ¿Sería posible ponerle letra a aquel zumbido? Tal vez con ayuda de los poetas. Había un libro a mano y dí casualmente con Tennyson. Hallé que Tennyson estaba cantando:

*There has fallen a splendid tear
From the passion-flower at the gate.
She is coming, my dove, my dear;
She is coming, my life, my fate;*

*The red rose cries, "She is near, she is near";
And the white rose weeps, "She is late";
The larkspur listens, "I hear, I hear";
And the lily whispers, "I wait" (1).*

¿Y era esto lo que tarareaban los hombres en los almuerzos antes de la guerra? ¿Y las mujeres?

*My heart is like a singing bird
Whose nest is in a water'd shoot;
My heart is like an apple tree
Whose boughs are bent with thick — set fruit;
My heart is like a rainbow shell
That paddles in a halcyon sea;
My heart is gladder than all these
Because my love is come to me (2).*

¿Y era esto lo que tarareaban las mujeres en los almuerzos antes de la guerra?

Había algo tan absurdo en imaginarse personas tarareando cosas así *sotto voce* en los almuerzos antes de la guerra, que solté la carcajada y tuve que explicar mi risa señalando al gato rabón, que realmente parecía un poco ridículo, pobre animal, sin cola, en mitad del

(1) Ha caído una lágrima espléndida — De la pasionaria en la verja. — Mi paloma, mi amor, se acerca; — Se acerca, mi vida, mi destino; — La rosa roja grita: "Ya viene, ya viene". — Y la rosa blanca llora: "¡Cuánto tarda!"; — El acónito escucha: "La oigo, la oigo"; — Y el lirio murmura: "La espero".

(2) Mi corazón es como un pájaro cantor — Que tiene el nido en una rama regada; — Mi corazón es como un manzano — De ramaje encorvado por tanto fruto; — Mi corazón es como una concha irisada — Que boga en un mar sereno; — Mi corazón está más alegre que todos ellos — Porque mi amor ha venido.

césped. ¿Había nacido así o habría perdido la cola en un accidente? Los gatos rabones, aunque se dice que hay algunos en la isla de Man, son muy poco frecuentes. Es un animal singular, más raro que lindo. Es asombroso la diferencia que hace una cola — ustedes saben lo que se dice, cuando una reunión se está disgregando y las personas buscan los abrigos y los sombreros.

Esta, gracias a la hospitalidad del dueño de casa, se había prolongado hasta la tarde. El hermoso día de octubre se iba borrando y al atravesar la alameda las hojas caían de los árboles. Puerta tras puerta se cerraba a mi espalda, mansa e irrevocablemente. Innumerables bedeles calzaban innumerables llaves en cerraduras bien aceitadas; la casa del tesoro ya estaba segura por otra noche.

De la avenida se sale a un camino — he olvidado su nombre — que conduce, si uno no se equivoca, a Dernham. Pero había tiempo de sobra. La comida era recién a las siete y media. Después de semejante almuerzo uno casi podía prescindir de comida. Es extraño de qué modo un retazo de poesía puede trabajarnos la mente y hace que las piernas se muevan a compás en el camino. Las palabras:

*There has fallen a splendid tear
From the passion-flower at the gate.
She is coming, my dove, my dear.!*

me avivaban la sangre, al caminar rápidamente a Headingley. Y después, pasándome a la otra cadencia, canté, donde la presa bate las aguas:

*My heart is like a singing bird
Whose nest is in a water'd shoot;
My heart is like an apple tree...*

¿Qué poetas, grité en voz alta, como se grita en el crepúsculo, qué poetas aquéllos! Celosa, tal vez, del honor de nuestra época, me puse a pensar (aunque ya sé que tales comparaciones son irrisorias) si honradamente podríamos enumerar dos poetas vivos tan grandes como antes Tennyson y Cristina Rossetti. Claro que es imposible, pensé, los ojos puestos en el agua espumosa. Si aquella poesía nos mueve a un tal abandono, a un tal éxtasis, es precisamente por celebrar emociones que uno solía tener (tal vez en los almuerzos de la preguerra), de modo que uno responde fácilmente, familiarmente, sin tomarse el trabajo de analizar el sentimiento o de compararlos con los que uno ahora tiene. Pero los poetas contemporáneos expresan una emoción que está formándose ahora y que nos están arrancando. En primer lugar uno suele no reconocerla; muchas veces uno la teme, la vigila con desconfianza y la compara celosa y sospechosamente con la emoción antigua y ya familiar. De ahí la dificultad de la poesía moderna, y esa dificultad es la que nos impide recordar arriba de dos versos consecutivos de cualquier poeta moderno. Esa razón — el fracaso de mi memoria — hizo que el argumento se detuviera por falta de material. ¿Pero por qué, (proseguí yo, caminando hacia Headingley) hemos dejado de tararear *sotto voce* en almuerzos y fiestas? ¿Por qué Alfredo ha cesado de cantar:

She is coming, my dove, my dear.

¿Por qué ya no responde Cristina:

*My heart is gladder than all these
Because my love is come to me.?*

¿Diremos que la guerra tiene la culpa? ¿Cuando se dispararon los cañones de agosto de 1914, hombres y mujeres se vieron las caras

tan bien que murió la ilusión? Ciertamente fué un golpe (en especial para las mujeres ilusionadas con la virtud de la educación) ver las caras de nuestros gobernantes a la luz del fuego de las granadas. Tan feos parecían — alemanes, ingleses, franceses — tan estúpidos. Pero sea la culpa de quien sea, o venga de donde venga, el hecho es que la ilusión que impelió a Tennyson y a Cristina Rossetti a celebrar tan apasionadamente la venida de sus amores es mucho más rara ahora que entonces. Basta leer, examinar, escuchar, recordar. ¿Pero a qué hablar de culpa? Si se trataba de una ilusión ¿por qué no celebrar la catástrofe que le dió muerte y puso en su lugar la verdad? Pues la verdad... esos puntos suspensivos marcan el sitio donde yo, en busca de la verdad, equivoqué el recodo que lleva a Fernham.

¿Qué es verdad y qué es ilusión? me pregunté. Por ejemplo ¿cuál era la verdad de esas casas vagas y festivas ahora con sus ventanas rojas en el crepúsculo, pero crudas y coloradas y sórdidas, con sus dulces y sus botines, a las nueve de la mañana? Y los sauces y el río y los jardines que bajan al río, vagos ahora con la intrusa neblina, pero de oro y rojos a la luz del día — ¿cuál era su verdad y cuál su ilusión?

Les perdono las torceduras y las vueltas de mis meditaciones, porque a ninguna conclusión arribé en el camino a Headingley, y les ruego que supongan que pronto descubrí mi error, y dirigí mis pasos a Fernham.

Ya dije que era un día de octubre. No me atrevo a perder el respeto de ustedes y a comprometer el buen nombre de la literatura cambiando la estación y describiendo lilas que penden de los muros de los jardines, retamas, tulipanes y otras flores de primavera. La literatura debe atenerse a los hechos, y cuanto más reales los hechos mejor la literatura — según nos dicen. Por consiguiente era todavía octubre y seguían amoviendo las hojas y caían tal vez un poco más

ligero que antes, porque ya era de tarde (justo las siete y veintitrés) y se había levantado una brisa, (del sudoeste para ser más exacto). Pero algo raro estaba sucediendo:

*My heart is like a singing bird
Whose nest is in a water'd shoot;
My heart is like an apple tree
Whose boughs are bent with thick -set fruit.*

Quizá los versos de Cristina Rossetti fueran algo culpables del extravagante capricho — claro que no era más que un capricho — de que la lila sacudía sus flores sobre las verjas de las quintas, y las mariposas color azufre iban de un lado a otro y el polvo del polen estaba en el aire. Sopló un viento, no sé de qué lado del horizonte, pero levantó las hojas recientes y hubo en el aire un destello de plata gris. Era el momento entre dos luces en que los colores padecen su intensificación y oros y púrpuras arden en los cristales de las ventanas como el latido de un corazón susceptible; en que por alguna razón la belleza del mundo revelada y sin embargo a punto de perecer (aquí entré en el jardín porque imprudentemente habían dejado la puerta abierta y no se divisaba ningún Bedel) la belleza del mundo que está a punto de perecer, tiene dos filos, uno de risa, otro de angustia, partiendo en dos el corazón. Los jardines de Fernham se dilataban ante mí en el crepúsculo de primavera, agrestes y abiertos, y en el pasto largo, salpicadas y descuidadamente arrojadas, había campánulas y narcisos, nunca muy ordenadas, y ahora sopladas por el viento y agitándose mientras tironeaban de sus raíces. Las ventanas del edificio, redondas como ventanas de barco entre olas generosas de ladrillo rojo, pasaron del limón al plata bajo el vuelo de las apresuradas nubes de

primavera. Alguien estaba en una hamaca, alguien, pero en esta luz no eran más que espectros, entre adivinados y vistos, que corrían sobre la hierba — ¿nadie la detendría? — y luego en la terraza, como si emergiera para respirar, para dar un vistazo al jardín, llegó una figura encorvada, formidable aunque humilde, con la gran frente y el traje raído — ¿sería acaso la famosa humanista, sería acaso J. H. en persona? Todo era vago, pero intenso también, como si el velo corrido por el crepúsculo sobre el jardín hubiera sido desgarrado en dos por una estrella o por una espada — el destello de alguna atroz realidad saltando, como suele saltar, del mismo corazón de la primavera. Porque la juventud...

Aquí estaba mi sopa. En el gran comedor estaban sirviendo la cena. Lejos de estar en primavera estábamos en una tarde de octubre. Todos estaban congregados en el gran comedor. Aquí estaba la sopa. Era una sencilla sopa de caldo. Nada en ella para estimular la imaginación. A través del líquido se hubiera trasparenteado cualquier dibujo del plato. Pero no había dibujo. El plato era liso. Vino después la carne con su acompañamiento de papas y verduras — una trinidad casera, evocadora de ancas de vacas en un mercado barroso, y repollos rizados de borde amarillento, y regateos y pichinchas, y mujeres con bolsas de red el lunes de mañana. No nos podíamos quejar del diario alimento de la naturaleza humana, ya que la ración era suficiente, y sin duda los mineros no exigían tanto.

Después hubo ciruelas y crema. Y si alguien protesta que las ciruelas, aunque las alivie la crema, son una legumbre sin alma (fruta no son), guascudas como el corazón del avaro y segregando un líquido como el que debe circular por las venas de avaros que durante ochenta años se han privado de vino y de calor, y no los han dado a los pobres, debe reflexionar que hay personas cuya caridad no se arredra ante

la ciruela. Hubo después bizcochos y queso, y luego circuló profusamente la jarra de agua, porque es muy propio de los bizcochos la sequedad, y éstos eran bizcochos hasta la médula. Eso era todo. Había terminado la cena. Todos retiraron sus sillas; las puertas giratorias oscilaron violentamente; el hall se vació de todo rastro de comida y lo prepararon sin duda para el desayuno del día siguiente. Por corredores y escaleras, la juventud de Inglaterra salió golpeando puertas y cantando. Y era propio en un huésped, un forastero (porque yo en Fernham gozaba de tan poco derecho como en Trinity o Somerville o Girton o Newnham o Christchurch), opinar: “La comida ha sido buena” o preguntar (ahora estábamos, Mary Seton y yo, en su salita) “¿No podíamos haber comido aquí las dos solas?” porque si yo hubiera dicho algo así, hubiera estado entrometiéndome en la economía secreta de una casa que presenta a los forasteros una fachada de alegría y valor.

No, imposible decir nada. Por un momento la conversación se detuvo. La máquina humana siendo lo que es — cerebro, cuerpo, y corazón todos entreverados, y no reclusos en compartimentos aislados como sin duda lo estarán en otro millón de años — una buena comida es muy importante para una buena conversación. Uno no puede pensar bien, amar bien, dormir bien, si uno ha comido mal. La lámpara en la médula no se enciende con carne hervida y ciruelas. Todos *tal vez* iremos al cielo, y *quizá* Vandyck nos está esperando en la esquina: tal es el vacilante y problemático estado de alma que las ciruelas y la carne hervida engendran al cabo de la jornada. Felizmente mi amiga, que era profesora de química, guardaba en un aparador una botella chata y unos vasitos — (pero faltaba la perdiz y el lenguado) — de modo que pudimos acercarnos al fuego y corregir alguna deficiencia del vivir de aquel día. En un minuto o dos, nos

estábamos deslizando por aquellos motivos de interés que nacen de la ausencia de una persona determinada y requieren más tarde una discusión — como alguien se ha casado, otro no; uno piensa tal cosa, otro aquello; uno está desconocido de bueno, otro echado a perder — con todas aquellas especulaciones sobre la naturaleza humana y el carácter del asombroso mundo en que vivimos que surgen naturalmente de tales principios.

Mientras decíamos esas cosas, percibí con alguna vergüenza una corriente que se imponía sola y que todo lo dirigía a su propio fin. Daba lo mismo hablar de España o de Portugal, de caballos de carrera o de libros, porque el interés verdadero no era ninguna de esas cosas, sino una escena de albañiles en un techo alto, hace quinientos años. Reyes y nobles traían tesoros en grandes bolsas y las vaciaban bajo tierra. Esta escena se animaba y volvía a animarse en mi mente y a colocarse junto a otra de vacas flacas y un mercado barroso y verduras marchitas y áridos corazones de viejos —, esos dos cuadros, diversos, descosidos y disparatados como eran, estaban enfrentándose siempre y sustituyéndose y me tenían del todo a su merced. Lo mejor para no deformar todo el diálogo era exponer al aire lo que yo tenía en la mente y dejar que se borrara y se deshiciera como la cabeza del rey muerto cuando abrieron el féretro en Windsor. En pocas palabras, le hablé a Miss Seton lo de los albañiles que habían estado todos esos años en el techo de la capilla, y de los reyes y reinas y nobles cargando bolsas de oro y de plata que vaciaban bajo la tierra; y cómo después los magnates financieros de nuestro tiempo, fueron llegando y depositando cheques y acciones, imagino, donde los otros habían depositado lingotes y toscas masas de oro. Todo eso, dije, yace debajo de esos colegios ¿pero qué yacerá bajo este colegio en que estamos, bajo el vistoso ladrillo rojo y el pasto descuidado del jardín? ¿Qué

fuerza había detrás de esa porcelana lisa en la que comimos, y (esto me salió de la boca sin que lo pudiera atajar) detrás de la carne hervida, la crema y las ciruelas?

Bueno, comenzó Mary Seton, hacia el año 1860 — Ah, pero usted ya conoce la historia, dijo aburrida de tener que contarla. Y me la contó: alquilaron piezas. Se celebraron reuniones. Dirigieron sobres. Redactaron circulares. Convocaron asambleas; leyeron cartas en voz alta: Fulano ha prometido tanto: Mengano, en cambio, no quiere dar un centavo. La *Saturday Review* ha estado muy grosera. ¿Cómo hacernos de un capital para sostener las oficinas? ¿Haremos una rifa? ¿No podríamos encontrar una muchacha bonita para sentarla en primera fila? Veamos lo que ha dicho sobre eso John Stuart Mill. ¿Nadie podría conseguir que el director del X. publicara una carta? ¿No la firmaría Lady N.? Lady N. está en el campo. De ese modo, hará sesenta años, se fueron manejando las cosas, y fué un tremendo esfuerzo, y tomó muchísimo tiempo. Y sólo al cabo de una larga lucha y con las mayores dificultades consiguieron reunir treinta mil libras.

De modo, dijo, que no podemos darnos el lujo de vinos y perdices y sirvientes con fuentes en la cabeza. No podemos tener divanes y cuartos propios. “Las amenidades”, dijo, citando algún libro, “tendrán que esperar”.

Pensando en todas esas mujeres trabajando años y años y matándose para juntar dos mil libras, y no pasando entre todas de treinta mil, nos indignó la culpable pobreza de nuestro sexo. ¿Qué habían estado haciendo nuestras madres para dejarnos pobres? ¿empolvándose la nariz? ¿mirando vidrieras? ¿pavoneándose al sol en Monte Carlo? Había algunas fotografías en la chimenea. La madre de Mary — si el retrato era de ella — era tal vez una derrochadora en sus

ratos de ocio (tuvo trece hijos de un pastor protestante) pero su vida relajada no se traduce mucho en sus rasgos. Era una mujer insignificante; una señora de edad con un chal escocés prendido con un gran camafeo; y estaba sentada en una silla de paja, animando a un perrito a mirar la máquina, con el aire divertido pero forzado de la persona que está segura de que el animal se moverá en cuanto apreten la perilla. Si se hubiera entregado a los negocios, si hubiera sido un fabricante de seda artificial o un magnate de la Bolsa; si hubiera dejado doscientas o trescientas mil libras a Fernham, estaríamos cómodas esta noche y el tema de nuestro diálogo pudo haber sido arqueología, botánica, antropología, física, la naturaleza del átomo, astronomía, matemáticas, relatividad, geografía. Si sólo Mrs. Seton y su madre y su madre antes que ella hubieran aprendido el gran arte de hacer dinero, y hubieran dejado su dinero, como sus padres y abuelos y bisabuelos, para fundar colegios y cátedras y premios, y becas destinadas al uso de su sexo, hubiéramos cenado muy tolerablemente las dos un plato de ave y una botella de vino; hubiéramos previsto sin una confianza indebida un porvenir ameno y honroso al amparo de una profesión generosamente rentada. Hubiéramos estado explorando o escribiendo; haraganeando por los lugares venerables del mundo; sentadas meditando, en las gradas del Partenón, o encaminándonos a una oficina a las diez y volviendo con toda comodidad a las cuatro y media a borrar algunos versos. Pero si Mrs. Seton y las otras se hubieran dedicado desde los quince años a los negocios no hubiera habido — ahí estaba la falla del argumento — ninguna Mary. ¿Qué opinaba Mary de eso? le pregunté. Ahí entre las cortinas estaba la noche de octubre, quieta y deliciosa, con una estrella o dos prendida en los árboles que amarilleaban. Para dotar de una plumada a Fernham en unas cincuenta mil libras esterlinas ¿estaba ella de veras dispuesta a

renunciar a su parte de esa noche de octubre y a sus recuerdos (porque habían sido una familia feliz aunque numerosa) de juegos y de pelear allá en Escocia, cuyo buen aire y cuyos excelentes bizcochos nunca se cansaba de celebrar? Porque dotar un colegio implicaría la supresión total de las familias. Hacer una fortuna y tener trece hijos — no hay ser humano que dé para tanto. Hay que encarar los hechos, dijimos.

Primero nueve meses para que nazca la criatura. Después tres o cuatro meses para criar la criatura. Una vez despechada la criatura se necesitan a lo menos cinco años para jugar con la criatura. No se puede, parece, dejarlos corretear por las calles. Gente que las ha visto sueltas en Rusia dice que el espectáculo no es agradable. También dice la gente que la naturaleza humana se forma antes de cumplir los cinco años. Si Mrs. Seton, dije, hubiera estado haciendo fortuna ¿qué recuerdos tendrían ustedes de peleas y de juegos? ¿Qué habrían sabido ustedes de Escocia y del buen aire y de los bizcochos y de todo el resto? Pero es inútil acumular preguntas, porque ustedes jamás habrían nacido. Además, es igualmente inútil interrogar lo que habría pasado si Mrs. Seton y su madre y la madre de ella hubieran acumulado enormes tesoros para dotar colegios y bibliotecas, porque, en primer lugar, era imposible que ganaran dinero y en segundo, aunque hubiera sido posible, la ley les negaba el derecho de poseer el dinero que pudieran ganar. Sólo hace cuarenta y ocho años que Mrs. Seton tiene un centavo. Porque en todos los años anteriores hubiera sido propiedad de su marido: consideración que, tal vez, haya contribuido a alejar de la Bolsa de Comercio a Mrs. Seton y sus madres. Cuanto centavo gane, habrá dicho, me será arrebatado y manejado según las luces de mi marido — tal vez para fundar una cátedra o dotar una beca en Balliol o Kings, de modo que ganar dinero,

si es que yo pudiera ganar dinero, no me interesa mayormente: Mejor será que mi marido se encargue de él.

Sea o no responsable la señora animando al perrito, es indiscutible que nuestras madres embrollaron sus asuntos muy gravemente. Ni un centavo para “amenidades”: para vino y perdices, bedeles y césped, libros y cigarros, bibliotecas y ocio. Levantar paredes peladas, de la tierra pelada fué lo más que podían hacer.

Así hablábamos paradas, en la ventana y contemplando desde arriba, como miles lo hacen cada noche, las torres y cúpulas de la famosa ciudad.

Era muy hermosa, muy misteriosa, a la luz de la luna de otoño. La vieja piedra parecía muy blanca y muy venerable. Uno pensaba en todos los libros congregados ahí; en los retratos de viejos prelados y notables pendiendo en las paredes artesonadas; en las vidrieras de colores que arrojarían extraños globos y medias lunas al pavimento; en los ex votos e inscripciones y lápidas, en las fuentes y el pasto; en las piezas tranquilas que dan a los tranquilos patios. Y (perdónenme la idea) pensé también en el humo admirable y la bebida y los profundos sillones y las agradables alfombras; en la urbanidad, la dignidad, la afabilidad que son los frutos del lujo, del retiro, y de la amplitud. Indudablemente nuestras madres no nos habían suministrado nada comparable a todo eso — nuestras madres que se extenuaban para juntar treinta mil libras, nuestras madres que tenían trece hijos de pastores protestantes en Saint Andrew.

Así volvía a mi albergue, y al atravesar las calles oscuras meditaba en esto y aquello, como se medita al cabo del día. Consideré por qué razón Mrs. Seton no tenía dinero que dejarnos; y qué efectos ejerce la pobreza sobre la mente; y cuáles la riqueza; y recordé los caballeros rarísimos que vi aquella mañana con estolas de piel sobre

los hombros; y recordé que si alguien silbaba uno de ellos salía al galope. Y pensé en el órgano retumbando en la capilla, y en las puertas cerradas de la biblioteca y pensé qué desagradable sería quedarse fuera; y pensé que sería más desagradable quedarse adentro; y pensando en la seguridad y prosperidad de un sexo y en la pobreza y la incertidumbre del otro y en el efecto de la tradición y de la falta de tradición en la mente del escritor, acabé por pensar que ya era tiempo de arrollar la cáscara arrugada del día, con sus impresiones y discusiones, con su enojo y su risa, y arrojarlo por la borda. Mil estrellas brillaban en los desiertos azules del cielo. Yo estaba como sola con una sociedad inescrutable. Dormían los seres humanos — prostrados, horizontales, mudos. Ni un alma se movía en las calles de Oxbridge. Hasta la puerta del hotel se abrió al toque de una mano invisible — ni un sereno esperaba para alumbrarme; tan tarde era.

C A P I T U L O S E G U N D O

LA escena, si ustedes quieren seguirme, ha cambiado. Caen las hojas, ahora en Londres, no en Oxbridge; y les ruego que imaginen un cuarto como hay miles, con una ventana que sobre los sombreros de la gente, y los camiones y los automóviles mira a otras ventanas, y en la mesa adentro del cuarto una gran hoja de papel en blanco con la inscripción *Las Mujeres y la Novela*, y nada más. La inevitable continuación de un almuerzo y una comida en Oxbridge no podía desgraciadamente ser otra que una visita al Museo Británico. Hay que depurar todo lo personal y accidental de esas impresiones y extraer así el flúido puro, el aceite esencial de la verdad. Porque esa visita a Oxbridge y el almuerzo y la cena habían despertado un cúmulo de preguntas. ¿Por qué los hombres bebían vino y las mujeres agua? ¿Por qué un sexo era tan adinerado, y tan pobre el otro? ¿Qué influencia ejerce la pobreza sobre la literatura? ¿Qué condiciones requiere la creación de obras de arte? — mil preguntas me acosaban a un tiempo. Pero yo precisaba contestaciones, no preguntas; y una contestación era imposible sin consultar a los eruditos y a los imparciales, que se han elevado sobre la disputa de lenguas y la confusión de estar en un cuerpo y han publicado el fruto de su razonamiento y

de sus buscas en libros que se pueden conseguir en el Museo Británico. Si la verdad no está en los anaqueles del Museo Británico, ¿dónde, me pregunté, tomando una libreta y un lápiz, estará la verdad? Así pertrechada, así interrogativa y esperanzada, salí en busca de la verdad. El día, aunque no precisamente lluvioso, era lóbrego, y las calles cerca del Museo estaban llenas de carboneras abiertas, que recibían un charrón continuo de bolsas; coches de alquiler no cesaban de descargar en la acera baúles atados con cuerdas, repletos verosímelmente por el ajuar de alguna familia italiana o suiza que buscaba fortuna o refugio o alguna otra de las codiciables ventajas que ofrecen en invierno las casas de pensión de Bloomsbury. Los hombres enronquecidos de siempre desfilaban por las calles con plantas en carritos de mano.

Algunos gritaban, otros cantaban. Londres era como un taller. Londres era como una máquina. A todos nos lanzaban para atrás y para adelante sobre ese fondo liso para que compusiéramos un dibujo. El Museo Británico era una dependencia de esa fábrica. Las puertas giratorias se abrieron; y ahí quedé yo bajo la vasta cúpula, como si fuera un pensamiento en la enorme frente calva que está espléndidamente circundada por una faja de nombres célebres. Uno iba al mostrador; tomaba una tira de papel; abría un volumen del catálogo, y..... estos cinco puntos indican cinco minutos verdaderos de estupefacción, maravilla y perplejidad. ¿Tienen ustedes la menor idea del número de libros sobre mujeres que se publican en el curso de un año? ¿Tienen ustedes la menor idea de cuántos son escritos por hombres? ¿Se dan cuenta que ustedes son, tal vez, el más discutido animal del universo? Aquí estaba yo con una libreta y un lápiz y la intención de pasarme la mañana leyendo y la esperanza de trasladar la verdad a mi libreta al cabo de la mañana. Pero para

ue ser un rebaño de elefantes, y

una selva de arañas, pensé, desesperadamente invocando aquellos animales que tienen fama de más larga vida y de muchedumbre de ojos. Sólo para romper la cáscara precisaría garras de acero y pico de bronce. ¿Cómo encontrar los granos de verdad perdidos en esta mole de papel? me pregunté, y desesperada me puse a recorrer la alta lista de títulos. Hasta los nombres de los libros me hacían pensar.

El sexo y su naturaleza bien pueden atraer a médicos y biólogos; pero lo sorprendente y de difícil explicación era el hecho de que el sexo —la mujer, es decir—, también atrae ensayistas agradables, ágiles novelistas, jóvenes doctorados en letras, hombres que no se han doctorado, hombres sin otra calificación que no ser mujeres. Algunos de esos libros eran notoriamente frívolos y burlones; muchos por otra parte eran serios y proféticos, morales y amonestadores. La sola lectura de los títulos sugería innumerables maestros, innumerables clérigos escalando sus tarimas y púlpitos y despachándose con una locuacidad que sobrepasa en mucho la hora que es costumbre conceder a tales discursos. Era un fenómeno singular; y aparentemente —aquí, consulté la letra H— exclusiva del sexo masculino. Las mujeres no escriben libros sobre los hombres — hecho que saludé con alivio, porque si primero tenía que leer todo cuanto los hombres han escrito sobre las mujeres, y después todo lo que las mujeres han escrito sobre los hombres, el áloe que florece cada cien años, florecería dos veces antes que yo empezara a escribir. Por consiguiente, haciendo una elección perfectamente arbitraria de unos doce volúmenes, deposité mis tiras de papel en la bandeja de alambre, y esperé en mi banco, entre los demás buscadores del aceite esencial de la verdad.

Cuál sería entonces la razón; y pensé, de esta curiosa disparidad,

dibujando ruedas de carro en las tiras de papel que el contribuyente británico suministra sin duda para otros fines.

¿Por qué las mujeres, a juzgar por este catálogo, interesan mucho más a los hombres que los hombres a las mujeres? Parecía un hecho rarísimo y empecé a divagar, figurándome las vidas de los hombres que dedican su tiempo a escribir libros sobre mujeres; viejos o jóvenes, casados o solteros, de nariz colorada o jorobados, de todos modos era halagador saberse objeto de tan repetido interés — a condición de que no lo otorgaran solamente los lisiados e inválidos. Así medité y hasta que una avalancha de libros desmoronándose en mi pupitre, aniquiló mis frívolos pensamientos. Ahora comenzaron los sinsabores. El estudiante adiestrado en Oxbridge posee fuera de duda un sistema para arrear la pregunta a lo largo de todas las distracciones hasta que ésta se mete en la solución como la oveja en el corral. Por ejemplo, el estudiante a mi derecha que copiaba asiduamente de un manual científico, debía estar extrayendo pepitas puras del metal esencial cada tantos minutos. Así lo indicaban sus gruñidos de satisfacción. Pero si desgraciadamente no se tiene práctica universitaria, la pregunta lejos de dejarse arrear al corral se desbanda como una majada despavorida, espantada por una jauría de perros. Profesores, maestros de escuela, sociólogos, curas, novelistas, ensayistas, periodistas, hombres sin otra calificación que no ser mujeres, acosaron mi pregunta simple y sencilla: *¿Por qué son pobres las mujeres?* hasta que se convirtió en cincuenta preguntas; hasta que las cincuenta preguntas se tiraron frenéticas al río y las arrastró la corriente. Cada hoja de mi libreta quedó negra de apuntes. Para mostrarles el estado mental a que descendí, les leeré algunas, explicando que la página se titulaba LAS MUJERES Y LA POBREZA, en letras mayúsculas; pero lo que seguía era algo así:

Condición en la Edad Media de,
 Costumbres en las islas Fiji de,
 Veneradas como diosas por,
 Más débiles en sentido moral que,
 Idealismo de,
 Más concienzudas que,
 Isleños de los Mares del Sur, época de la pubertad entre,
 Atractivos de, }
 Inmoladas en sacrificio a,
 Pequeñez del cerebro de,
 Subconsciencia más honda de,
 Menos vello en el cuerpo de,
 Inferioridad mental, moral, física de,
 Amor maternal de,
 Mayor longevidad de,
 Músculos más débiles de,
 Fuerza en los afectos de,
 Más alta educación de,
 La opinión de Shakespeare sobre,
 La opinión de Lord Birkenhead de,
 La opinión del deán Inge de,
 La opinión de La Bruyère sobre,
 La opinión de Shakespeare sobre,
 La opinión del Dr. Johnson de,
 La opinión de Mr. Oscar Browning de,

Aquí tomé aliento y añadí al margen: *¿Por qué razón dirá Samuel Butler “Los hombres sabios nunca dicen lo que piensan de las mujeres”?* Parece que los hombres sabios no hacen otra cosa. Pero,

proseguí, recostada en mi silla y mirando la vasta cúpula de la que yo era un solo pensamiento aunque uno ya bastante perplejo, lo triste es que los hombres sabios nunca piensan lo mismo de las mujeres. Aquí está Pope: *La mayoría de las mujeres carecen de todo carácter.*

Y aquí está La Bruyère: *Les femmes sont extrêmes: elles sont meilleures ou pires que les hommes* — una contradicción directa de observadores agudos que eran contemporáneos. ¿Son capaces de educación o incapaces? Napoleón las creyó incapaces. El doctor Johnson opinó lo contrario. (1). ¿Tienen alma o no tienen alma? Ciertos salvajes dicen que no. Otros al contrario, sostienen que las mujeres son semidivinas y las veneran. (2). Algunos hombres sabios afirman que su inteligencia es superficial; otros que su conciencia es más profunda. Goethe las honró; Mussolini las menosprecia. En todas partes habrá hombres opinando sobre mujeres — y opinando cosas distintas. Imposible atar cabos, resolví, echando un vistazo al lector vecino que estaba haciendo los más primorosos resúmenes, encabezados muchas veces por una A, una B, o una C, en tanto que en mi libreta hormigueaba un caos de garabatos contradictorios. Era afligente, era enloquecedor, era denigrante. Se me había escurrido la verdad. No había podido retener ni una gota.

Imposible volver a casa, pensé, y agregar como una seria contribución al estudio de las mujeres y de las letras el hecho de que las mujeres tienen menos pelo en el cuerpo, o que la pubertad entre los isleños de los Mares del Sur se alcanza a los nuevos años — ¿o será a los

(1) “Los hombres saben que las mujeres pueden más que ellos, y por eso eligen las más débiles o las más ignorantes. Si así no fuera, nunca temerían que las mujeres supieran tanto como ellos”... En justicia al sexo, pienso que mi deber es agregar que en una conversación ulterior, manifestó que eso fué dicho seriamente”. BOSWELL (*Diario de una excursión a las Hébridas*).

(2) “Los antiguos germanos creían que en las mujeres había algo divino, culos”. FRAZER (*La rama de oro*).

noventa? — porque al final mi desesperada escritura era indescifrable. Qué vergüenza no poder presentar nada más imponente o más digno después de trabajar toda la mañana. Y si no había podido apoderarme de la verdad sobre las M. (como en gracia de la brevedad, ahora les decía) en el pasado, ¿a qué fastidiarme por las M. en el porvenir? Parecía un perdedero de tiempo consultar esos caballeros cuya especialidad es la mujer y su influencia en otra materia — política, niños, jornales, moralidad — por numerosos y eruditos que fueran. No valía la pena ni abrir sus libros.

Pero al repensar esas cosas, yo había estado, de puro distraída y desesperada, dibujando un croquis, en lugar de escribir una conclusión, como mi vecino. Era la cara y la figura del profesor von X. durante la compilación de su obra monumental: *La Inferioridad Mental, Moral y Física del Sexo Femenino*. No era en mi croquis un hombre que interesaba a las mujeres. Era pesadote; tenía la mandíbula enorme; para compensar ese exceso tenía ojos muy chicos; muy colorado. Tenía el aire de estar padeciendo alguna emoción que le hacía clavar la pluma en el papel como si al escribir estuviera matando algún insecto dañino, pero como si no lo satisficiera matarlo y estuviera obligado a seguir matándolo y aún así le sobraban motivos de irritación y de cólera. ¿Sería su mujer, me pregunté, mirando mi croquis? ¿Estaba enamorada su mujer de un oficial de caballería? ¿Era esbelto y apuesto y vestido de astrakán el oficial de caballería? ¿O para adoptar la tesis de Freud, una muchacha linda se había reído de él en la cuna? Porque ni siquiera en la cuna debe haber sido muy atrayente ese profesor. Por una razón o por otra, el profesor parecía muy enojado y muy feo en mi croquis, al compilar su magno volumen sobre la inferioridad mental, moral y física de las mujeres. Dibujar croquis era un modo haragán de concluir el trabajo inútil de la ma-

ñana. Es sin embargo en nuestros ocios, en nuestros sueños, que la sumergida verdad suele salir a flote. Un ejercicio muy elemental de psicología, que no dignificaré con el nombre de psico-análisis, me demostró al mirar mi libreta que el croquis del iracundo profesor había sido trazado con ira. Mientras yo soñaba, la ira me había arrebatado el lápiz. ¿Pero qué andaba haciendo la ira? Interés, confusión, entretenimiento, hastío — yo podía rastrear y nombrar esas emociones que fueron sucediéndose en la mañana. ¿Pero acaso la ira, la negra serpiente, estuvo agazapada entre ellas? Sí, dijo el croquis, ahí estaba la ira. Me señalaba indiscutiblemente el libro, la frase, que habían despertado el demonio: era la tesis del profesor sobre la inferioridad mental, moral y física de las mujeres. Había saltado mi corazón. Habían ardido mis mejillas. Me había sonrojado de ira. Nada de notable en todo esto, aunque sí pueril. A nadie le gusta que le digan que es naturalmente inferior a un hombrecito — miré al estudiante vecino — que respira fuerte, usa corbata de nudo hecho, y hace catorce días que no se afeita. Uno tiene vanidades tontas. Es la naturaleza humana, pensé, y me puse a tapar la cara del iracundo profesor con ruedas y redondeles hasta que pareció una zarza ardiendo o un cometa crinado — digamos una aparición sin figura humana. Ya el profesor no era otra cosa que una fogata, en lo alto de Hampstead Heath. Así mi enojo se explicó y acabó; pero me quedó la curiosidad. ¿Cómo explicar la ira de los profesores? ¿Por qué estaban iracundos? Pues al analizar la impresión dejada por esos libros, había siempre un elemento de ardor. Este ardor toma muchas formas: la sátira, el sentimentalismo, la curiosidad, la reprobación. Pero había otro elemento muy habitual y que no se dejaba identificar inmediatamente. Ira, me pareció. Pero una ira subterránea mezclada

con emociones de todas clases. A juzgar por sus singulares efectos, era una ira disfrazada y compleja, no abierta y franca.

Por una razón o por otra, todos esos libros, pensé, (contemplando la pila sobre el pupitre) me son del todo inútiles. Son inútiles científicamente, es decir, aunque humanamente abundan en enseñanzas, interés, tedio y datos rarísimos sobre las costumbres de los isleños de Fijí. Están escritos a la luz roja de la emoción, no a la luz blanca de la verdad. Por eso debo devolverlos al pupitre central y restituir cada uno a su celda en el panal enorme. Mi única certidumbre de esa mañana entera de trabajo era el hecho de la ira. Los profesores — así los amalgamé a todos juntos — estaban enojados. ¿Por qué (me pregunté, ya devueltos los libros) por qué (me pregunté, ya en la galería, entre las canoas prehistóricas y las palomas) por qué están enojados? Proponiéndome siempre esta pregunta, salí a buscar un sitio donde almorzar. ¿Cuál es la verdadera naturaleza de lo que por ahora llamo su ira? me pregunté. He ahí un problema que me duraría el tiempo que uno tarda para almorzar en un modesto restaurant, cerca del Museo Británico. Mi precursor había dejado en una silla la primera edición de un diario de la tarde y, esperando que me atendieran me puse a leer los títulos. Una cinta de grandes letras negras atravesaba la página. Alguien había batido un record de cricket en Africa del Sur. Cintas menores anunciaban que Sir Austen Chamberlain estaba en Ginebra. En un sótano habían encontrado un hacha con cabellos humanos. El juez en lo civil, señor N. comentaba en el tribunal de divorcios La Desvergüenza de las Mujeres. Diseminadas en el diario había otras noticias. A una actriz de cine la habían descolgado de un cerro en California y estaba suspendida en el aire. El tiempo iba a nublar. El visitante más fugaz de este planeta, pensé, que recogiera este diario no dejaría de ente-

rarse, con sólo este testimonio disperso, que Inglaterra se halla bajo el poder de un patriarcado. Nadie en su sano juicio puede no percibir el dominio del profesor. Suyos eran el poder y el oro y la influencia. Era el dueño del diario y su director y subdirector. Era el Ministro de Relaciones Exteriores y el Juez. Era el profesional de cricket; era el propietario de los caballos finos y de los yachts. Era el director de la compañía que paga doscientos por ciento a sus accionistas. Dejaba millones a sociedades de beneficencia y colegios dirigidos por él. Suspendía en el aire a la actriz de cine. Decidirá si los cabellos en el hacha son humanos. Absolverá o condenará al asesino, lo ahorcará o lo dejará en libertad. Salvo el tiempo nublado, todo parece controlado por él. Sin embargo, estaba enojado. Yo sabía que estaba enojado por este signo. Cuando leí lo que escribía sobre las mujeres, no pensé en lo que estaba diciendo, sino en él. Cuando un razonador razona imparcialmente, sólo piensa en la discusión; y sus lectores no pueden dejar de pensar en la discusión. Si hubiera escrito con imparcialidad sobre la mujer, si hubiera usado pruebas irrefutables para establecer su argumento y no hubiera mostrado ningún deseo de una conclusión o de otra, yo tampoco me habría enojado. Yo hubiera aceptado el hecho de que una arveja es verde o un canario color canario. Amén, yo hubiera dicho. Pero yo me había enojado porque él estaba enojado. Es absurdo, pensé, recorriendo el diario de la tarde, que esté enojado un hombre con tanto poder. ¿O es el enojo acaso, pensé, el familiar, el demonio subalterno del poder? La gente rica, por ejemplo, suele estar enojada porque sospecha que los pobres quieren apoderarse de su dinero. Los profesores, o patriarcas, como sería más exacto decirles, tal vez estén un poco enojados por eso, pero también por otras razones un poco menos públicas. Es muy posible que no estén “enojados”; con frecuencia son admi-

rativos, devotos, ejemplares en las relaciones de la vida privada. Es muy posible que si el profesor recalca con algún énfasis la inferioridad de la mujer, le interesaba menos esa inferioridad que su propia superioridad. Eso es lo que él estaba protegiendo de un modo atollado y a gritos, porque para él era una joya de gran valor. Para ambos sexos — y los miré, abriéndose camino en la acera — la vida es ardua, difícil, una lucha perpetua. Exige coraje y fuerza gigantesca. Más que nada, criaturas de ilusión como somos, exige confianza en sí mismo. Sin esa confianza somos como niños en la cuna. ¿Y cómo elaborar con más rapidez esa imponderable calidad, que sin embargo es tan preciosa? ¿Pensando que los demás valen menos que uno? Pensando que uno tiene alguna innata superioridad sobre los demás: dinero, o rango, o la nariz recta, o el óleo de un abuelo por Romney — porque los artificios patéticos de la imaginación del hombre no tienen fin. De ahí para un patriarca que debe conquistar y gobernar, la importancia enorme de sentir que muchísima gente — medio género humano en verdad — es por naturaleza inferior a él.

Tiene en verdad que ser una de las fuentes principales de su poder. Pero ahora permítanme aplicar la luz de esta observación a la vida real. ¿Sirve para explicar alguno de esos problemas psicológicos que uno apunta al margen de la vida diaria? ¿Sirve para explicar mi asombro del otro día cuando Z, el más comprensivo y modesto de los hombres, tomó un libro de Rebecca West y exclamó: “¡Qué feminista! ¡dice que los hombres son snobs!” Esa exclamación sorprendente — ¿pues qué tenía de feminista Miss West al formular una declaración quizás verdadera, aunque algo descortés, sobre el otro sexo? — era algo más que el grito de una vanidad ultrajada; era una protesta contra alguna infracción de ese poder de creer en sí mismo. Hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados

de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada. Sin ese poder el planeta sería todavía ciénaga y selva. Faltarían las glorias de todas nuestras guerras. Todavía estaríamos garabateando formas de ciervos en despojos de huesos de carnero y canjeando pedernales por cueros de ovejas o por cualquier adorno sencillo que halagara nuestro gusto incontaminado. No hubiera habido Superhombres ni Dedos del Destino. El Tsar y el Kaiser no hubieran usado coronas ni las hubieran perdido. Los espejos, aunque tienen otros empleos en las sociedades civilizadas, son esenciales a toda acción violenta y heroica. Por eso Napoleón y Mussolini insisten con tanto énfasis en la inferioridad de las mujeres, porque si ellas no fueran inferiores, ellos no serían superiores. Eso en parte explica lo necesarias que son las mujeres al hombre. Y también explica lo nerviosos que éstos se ponen bajo la crítica de aquéllas; la imposibilidad de que una mujer opine que tal libro es malo, o tal cuadro es flojo, sin provocar más resentimiento y más ira que si opinara un hombre. Pues si ella quiere decir la verdad, la imagen del espejo se encoge; su capacidad vital disminuye. ¿Cómo puede seguir haciendo justicia, educando salvajes, dictando leyes, escribiendo libros, vistiendo de etiqueta y discursando en banquetes, si no se puede ver a sí mismo en las horas del almuerzo y de la comida, agrandado dos veces? Así reflexionaba yo, desmenuzando el pan y revolviendo el café y de vez en cuando mirando la gente en la calle. La visión especular es muy importante porque enriquece la vitalidad y estimula el sistema nervioso. Suprímala y el hombre se puede morir, como el cocainómano privado de cocaína. Bajo el poderío de esa ilusión, (pensé, mirando por la ventana) la mitad de la gente de la calle va a su trabajo. De mañana se ponen el sombrero y el abrigo bajo sus agradables rayos. Empezar a sentirse deseados e indispensables en la

tertulia de Miss Smith; se dicen al entrar en la sala: soy superior a la mitad de los presentes, y por eso hablan con esa confianza, con ese aplomo, que ha tenido tan hondas consecuencias en la vida pública y conducen a notas tan curiosas al margen de la mente privada.

Pero esas contribuciones al tema peligroso y fascinador de la psicología del otro sexo — tema que ustedes investigarán, lo confío, cuando tengan quinientas libras al año — fueron interrumpidas por la obligación de pagar la cuenta. Sumaba cinco chelines y nueve peniques. Le dí al mozo un billete de diez chelines y fué a buscar cambio. En mi cartera había otro billete de diez chelines; lo noté, porque es un hecho que todavía me asombra — la virtud de mi cartera de engendrar automáticamente billetes de diez chelines. La abro y ahí están. La sociedad me da pollo y café, cama y alojamiento, a cambio de cierto número de trozos de papel que me dejó una tía, por la sola razón de que yo llevaba su nombre.

Mi tía, Mary Beton, debo decirles, murió de una caída de caballo, cuando iba a tomar el aire en Bombay. La noticia de mi herencia me llegó una noche casi al mismo tiempo que pasaba la ley concediendo el voto a las mujeres. Una carta de abogado cayó al buzón y al abrirla supe que tendría quinientas libras al año para toda mi vida. De los dos — el voto y el dinero — me ha parecido mucho más importante el dinero. Antes me había ganado la vida pescando tareas raras en los diarios, haciendo la crónica de una exposición de burros por aquí, de una boda por allá; había ganado unas pocas libras dirigiendo sobres, leyendo en voz alta a señoras viejas, haciendo flores artificiales, enseñando el abecedario a chiquilines en un jardín de infantes. Tales eran las principales ocupaciones accesibles a la mujer antes de 1918. Ustedes no precisan, temo, que les describa en cada uno de sus detalles la dureza de ese trabajo, porque ustedes tal vez conocen mujeres que lo han ensayado; ni la dificultad de vivir con el

dinero ganado, porque ustedes lo han intentado tal vez. Lo que aún sigue atormentándome es el veneno de amargura y temor que engendraron aquellos días. El hecho inicial de estar continuamente haciendo algo que a uno no le gusta y de hacerlo como un esclavo, con acompañamiento de lisonjas y adulaciones, quizás no imprescindibles, pero a mí me lo parecían y no quería correr ningún riesgo; y el pensamiento de aquel don solitario cuya ocultación comporta la muerte — un don pequeño pero caro a su poseedor — pereciendo y mi alma con él; todo eso era como una herrumbre devorando la frescura de la primavera, destruyendo el corazón del árbol. Sin embargo, como les estaba diciendo, murió mi tía; y cada vez que cambio un papel de diez chelines se gasta un poco de esa herrumbre y de esa corrosión; el miedo y la amargura se van. Es notable, pensé, guardando el cambio en mi cartera, la transformación que una renta fija opera en el carácter de las personas. No hay fuerza humana que me pueda arrancar mis 500 libras. Alojamiento, ropa y comida son míos para siempre. No sólo cesan la labor y el esfuerzo, sino la amargura y el odio. No necesito odiar a ningún hombre; no me puede hacer mal. No preciso adular a ningún hombre; no tiene absolutamente nada que darme. Imperceptiblemente adopté una nueva actitud hacia la otra mitad del género humano. Era absurdo culpar una clase o un sexo, en conjunto.

Grandes masas de gente nunca son responsables de lo que hacen. Obrar bajo el imperio de instintos que no pueden controlar. También ellos, los patriarcas, los profesores, tienen que luchar con infinitas dificultades, con infinitos estorbos. De algún modo su educación era tan deficiente como la mía. Había engendrado en ellos fallas no menos grandes. Es verdad que tenían dinero y poder, pero a costa de hospedar en su pecho un águila, un buitres, que no cesaba de arrancarles el hígado y de sacarles de raíz los pulmones; el instinto de

e los impulsa a codiciar infinitamente

los campos y los bienes ajenos, a dibujar fronteras y banderas, a fabricar barcos de guerra y gases tóxicos, a ofrecer sus vidas y las de sus hijos. Pasen ustedes bajo el Arco del Almirantazgo (yo había llegado a ese monumento) o alguna otra avenida dedicada a trofeos y a cañones, y piensen en la clase de gloria que se celebra ahí. O mireñ en el día de sol al corredor de bolsa y al procurador metidos en su casa para ganar dinero y más dinero y más dinero, cuando se sabe que 500 libras al año lo mantienen a uno vivo en el sol. Qué desagradable tener que mantener esos instintos, reflexioné. Nacen de las condiciones vitales, de la falta de civilización, pensé, mirando la estatua del Duque de Cambridge, y en particular las plumas de su bicorneo con una fijeza que pocas veces han merecido. Y al darme cuenta de esas desventajas el miedo y la amargura se fueron atenuando en lástima y tolerancia; y después en un año o dos, la lástima y la tolerancia se fueron, y llegó el alivio más grande, que es la libertad de pensar en las cosas en sí. Por ejemplo ¿me gusta o no me gusta aquel edificio? ¿Es lindo o no aquel cuadro? ¿Ese libro es bueno o es malo? Lo cierto es que la herencia de mi tía me ha despejado el cielo y ha reemplazado la vasta e imponente figura de un caballero que Milton recomendaba a mi adoración, por el espectáculo del cielo abierto.

Con esos pensamientos y esos recuerdos, volví a mi casa junto al río. Estaban encendiendo las lámparas y desde la mañana Londres había indescriptiblemente cambiado. Era como si después de trabajar todo el día la enorme máquina hubiera hecho con nuestra ayuda unas pocas yardas de algo muy excitante y muy hermoso — una fogosa tela relampagueada de ojos carmesíes, un amarillo monstruo que rugiera con aliento caliente. Hasta el viento flameaba como una bandera al azotar las casas y agitar los andamios. En mi calle apartada, sin embargo, prevalecía lo doméstico. El pintor de paredes bajaba de su escalera; la niñera entraba y salía con el cochecito; el cargador

de carbón apilaba las bolsas vacías una sobre otra; la patrona del almacén sumaba las ganancias del día con las manos en mitones colorados. Pero tan poseída estaba yo por el problema que me han encomendado ustedes que ni siquiera pude ver los espectáculos habituales sin relacionarlos con él. Pensé cuánto más difícil es ahora que hace un siglo, resolver cuál de estos empleos es más alto, más necesario. ¿Vale más la niñera o el cargador de bolsas de carbón? ¿Es menos preciosa la fregona que ha traído al mundo ocho hijos que el abogado que ha ganado cien mil libras? Es inútil hacer tales preguntas; nadie puede contestarlas. El valor comparativo de fregonas y abogados cambia de lustro en lustro, y no tenemos varas para medirlos ni aún en el presente. Qué estupidez la mía al esperar que mi profesor me suministrara “pruebas irrefutables”. Aunque fuera posible establecer el valor de un don particular en determinado momento, esos valores cambiarán; en el decurso de cien años es muy posible que hayan cambiado totalmente. En cien años, pensé al llegar a mi puerta, las mujeres ya no serán el sexo protegido. Participarán en todas las actividades y esfuerzos que les están vedados ahora. La niñera hombreará carbón. La tendera conducirá una locomotora. Todas las conclusiones derivadas del hecho de que la mujer es el sexo protegido caducarán — por ejemplo (aquí un pelotón de soldados atravesó la calle) la conclusión de que las mujeres y los curas y los jardineros viven más que otra gente. Quiten esa protección, expónganlas a los mismos esfuerzos y actividades, háganlas soldados y marineros, maquinistas y trabajadores del puerto, y las mujeres morirán tan jóvenes y tan pronto que se dirá: “Hoy he visto una mujer” como antes se decía: “Hoy he visto un aeroplano”. Todo puede suceder cuando la feminidad ya no sea una ocupación protegida, pensé al abrir la puerta. ¿Pero qué

todo esto que voy con el tema de mi conferencia, Las Mujeres y

C A P I T U L O T E R C E R O

ERA descorazonador no haber traído a la tarde algún descubrimiento importante, algún hecho auténtico. Las mujeres son más pobres que los hombres por tal o cual razón. Ahora, tal vez sea lo mejor dejar de buscar la verdad, y de recibir en la cabeza una avalancha de opiniones calientes como lava y descoloridas como agua servida. Será mejor correr las cortinas; excluir distracciones; encender la lámpara; limitar la pesquisa y pedir al historiador, al compilador de hechos, no opiniones, que nos describa bajo qué condiciones vivían las mujeres, no a través de los siglos, sino en Inglaterra, digamos en el tiempo de Elisabeth.

Porque es un problema perenne que ninguna mujer escribiera una palabra de esa extraordinaria literatura, cuando casi todos los hombres, parece, eran capaces de una canción o de un soneto.

Me pregunto a mí misma, cuáles eran las condiciones en que vivían las mujeres; porque la novela, es decir el trabajo imaginativo, no se desprende como un guijarro, como puede suceder con la ciencia; la novela es como una telaraña ligada muy sutilmente, pero al fin ligada a la vida por los cuatro costados. A veces apenas se percibe la ligadura; las obras de Shakespeare, por ejemplo, parecen suspendidas por sí, completas y autónomas. Pero basta tirar de la telaraña en los bordes,

o desgarrar el centro, para recordar que esas telas no han sido tejidas en el aire por seres incorpóreos, sino que son el trabajo de criaturas dolientes, y que están ligadas a cosas burdamente materiales, como la salud y el dinero y las casas en que vivimos.

Fuí por consiguiente al estante de los libros de historia y tomé uno de los más modernos, *La Historia de Inglaterra* del Profesor Trevelyan. De nuevo busqué Mujeres, encontré, “posición de” y llegué a las páginas señaladas. “Golpear a la esposa”, leí, “era un derecho reconocido del hombre, y era ejercido sin recato por humildes y poderosos... Asimismo” prosigue el historiador, “la hija que rehusaba casarse con el caballero elegido por sus padres se hacía acreedora a que la encerraran, la golpearan y la tiraran por el suelo, sin que la opinión pública se conmoviera. El casamiento no era asunto de afecto personal, sino de avaricia familiar, especialmente en las caballerescas clases altas... El compromiso solía tener lugar cuando una de las partes aun estaba en la cuna, y el casamiento cuando apenas habían salido del cuidado de sus niñeras”. Eso era hacia 1470, poco después del tiempo de Chaucer. La referencia subsiguiente a la posición de las mujeres ocurre unos doscientos años después, en tiempo de los Estuardo. “Era excepcional que las mujeres de la clase alta o media eligieran sus maridos, y una vez elegido era dueño y señor, al menos, ley y costumbres lo consagraban. Sin embargo, concluye el Profesor Trevelyan, “ni a las mujeres de Shakespeare ni a las de las memorias auténticas del siglo diecisiete, como las Vernay y las Hutchinson, les falta personalidad y carácter”. Considerándolo bien, Cleopatra debe haber conseguido lo que quería; Lady Macbeth, me imagino, debe haber sido bastante voluntariosa; yo me atrevería a afirmar que Rosalinda era una muchacha atrayente. El Profesor Trevelyan no dice más que la verdad, al ob-

de carácter. No siendo un historiador es posible ir más lejos y aseverar que las mujeres han ardidido como faros en la obra de todos los poetas desde el principio del tiempo. Clytemnestra, Antígona, Cleopatra, Lady Macbeth, Fedra, Cresida, Rosalinda, Desdémona, la Duquesa de Malfi, entre los dramaturgos; luego entre los prosistas: Millamant, Clarisa, Becky Sharp, Ana Karénin, Emma Bovary, Madame de Guermantes — los nombres vienen a la memoria y no para recordar mujeres “carentes de personalidad y carácter”. En verdad, si la mujer no tuviera más existencia que la revelada por las novelas que los hombres escriben, uno se la imaginaría como un ser de la mayor importancia; muy cambiante; heroica y mezquina, espléndida y sórdida; infinitamente hermosa y horrible en extremo; tan grande como un hombre, tal vez mayor.

Pero, esto es en la novela. En la realidad, como nos lo señala el profesor Trevelyan, la encerraban con llave, la castigaban, y la tiraban por el suelo. De eso resulta, un ser mixto y rarísimo: imaginativamente de la mayor importancia; prácticamente del todo insignificante. La poesía está toda impregnada de ella desde el principio hasta el fin; de la historia está casi ausente. En la novela domina las vidas de reyes y conquistadores; en la realidad es la esclava de cualquier muchacho obligado por sus padres a ponerle un anillo en el dedo. Algunas de las palabras más inspiradas, algunos de los pensamientos más hondos de la literatura caen de sus labios; en la vida real apenas sabía leer, apenas deletrear y era la propiedad de su marido.

Leyendo primero los historiadores y después los poetas, uno componía un monstruo rarísimo: un gusano alado como las águilas; el genio de la vida y de la belleza picando grasa en la cocina. Pero esos monstruos, aunque diviertan la imaginación, carecen de existencia real. Para animarla debemos pensar en ella, poética y prosaicamente a la vez, no perdiendo el contacto con los hechos — que ella es Mrs. Martin, de

treinta y seis años de edad, vestida de azul, con un sombrero negro y zapatos oscuros; pero sin perder de vista la literatura — que ella es un vaso atravesado y relampagueado continuamente por toda clase de espíritus y de fuerzas. Sin embargo, en cuanto uno trata de aplicar ese método a la mujer isabelina, se extingue una vía de iluminación: la escasez de hechos nos detiene. Nada minucioso sabemos de ella, nada completamente cierto y sustancial. Apenas la menciona la historia. Otra vez me volví al profesor Trevelyan para ver qué significaba la historia para él. Recorriendo los encabezamientos de los capítulos, vi que significaba:

“La Corte Feudal y los Métodos de la Agricultura Comunal... Los Cistercienses, la Cría de Ovejas... Las Cruzadas... La Universidad... La Cámara de los Comunes... La Guerra de los Cien Años... Las Guerras de las Rosas... Los Eruditos del Renacimiento... La Disolución de los Monasterios... Conflicto Agrario y Religioso... El Origen del Poder Marítimo Inglés... La Armada Invencible...”, etc. etc. De vez en cuando se habla de una mujer individual, una Isabel o una María; una reina o una gran dama. Pero era del todo imposible que una mujer burguesa sin otra cosa que cerebro y carácter participara en alguno de esos grandes movimientos que combinados, integran la visión histórica del pasado. Tampoco la encontramos en las colecciones de anécdotas. Aubrey apenas la menciona. Ella no escribe nunca su biografía y raras veces tiene un diario; nos queda apenas un manojito de cartas. No ha dejado poemas ni comedias para que la juzguemos. Lo que se requiere, pensé — ¿y por qué no lo suministra alguna estudiante de Newnham o de Girton? — es un mundo de información: ¿a qué edad se casaba; término medio, cuántos chicos tenía; cómo era su casa; tenía un cuarto propio; cocinaba; era costumbre ; deben estar perdidos en registros

parroquiales y libros de cuentas; el cotidiano vivir de la mujer isabelina debe andar disperso en muchos lugares y la cuestión sería recogerlo y hacer un libro. Al buscar en los anaqueles libros que no estaban ahí, pensé que ya sería demasiada pretensión de mi parte, insinuar a los estudiantes de esos colegios célebres que reescribieran la historia, aunque confieso que me parece un poco rara tal como es, irreal, desnivelada; ¿pero por qué no agregar un suplemento a la historia? dándole, claro, algún nombre más modesto para que las mujeres pudieran figurar sin impropiedad. Porque en las vidas de los grandes uno las suele vislumbrar, siempre escurriéndose en el fondo del cuadro, ocultando, me suele parecer, un guiño, una sonrisa, quizá una lágrima. Y, al fin de cuentas, ya tenemos bastantes biografías de Jane Austen; tal vez no es imprescindible estudiar de nuevo la influencia de las tragedias de Joanna Baillie en la poesía de Edgar Allan Poe; en cuanto a mí, nada me importaría que los domicilios y querencias de Mary Russell Mitford fueran clausuradas al público por cien años. Pero lo deplorable, continué, volviendo a investigar los estantes, es que nada se sepa de las mujeres antes del siglo dieciocho. Me falta un modelo para estudiarlo de todos lados. Aquí estoy preguntándome por qué las mujeres no hicieron versos en la época isabelina, y ni siquiera sé si las educaban; si se les enseñaba a escribir; si tenían sus salas propias; cuántas mujeres tenían hijos antes de los veintiún años; qué hacían, desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche. Es evidente que no tenían dinero; según el profesor Trevelyan se las casaba sin consultarlas, antes de abandonar la *nursery*, a los 15 o 16 años probablemente. Hubiera sido de lo más raro, pensé, que una de ellas se hubiera puesto a escribir las piezas de Shakespeare, y me acordé de aquel señor anciano, que ahora está muerto, pero antes, me parece era obispo, que declaró que era im-

posible que una mujer, pasada, presente, o futura poseyera el genio de Shakespeare. Escribió a los diarios sobre eso.

También le dijo a una señora que le había pedido información que los gatos no van al cielo, aunque tienen, agregó, sus especies de almas. ¡Cuánto pensamiento nos ahorran esos viejos señores! ¡Cómo a su mera proximidad se alejaban los confines de la ignorancia! Los gatos no van al cielo. Las mujeres no pueden componer las piezas de Shakespeare.

Sea lo que fuere, no pude dejar de pensar, mirando las obras de Shakespeare en el estante, que el obispo tenía razón: hubiera sido imposible, completa y enteramente imposible, que una mujer compusiera las piezas de Shakespeare en el tiempo de Shakespeare. Imaginemos, ya que los hechos son tan difíciles de atrapar, qué hubiera sucedido si Shakespeare, hubiera tenido una hermana, maravillosamente dotada, llamada Judith, supongamos. Shakespeare iba, es muy probable — su madre era una heredera — a un liceo, donde aprendería latín — Ovidio, Virgilio y Horacio — y los elementos de la gramática y de la lógica. Era, quién no lo sabe, un muchacho travieso que robaba conejos, tal vez mató un ciervo, y tuvo, antes de lo debido, que casarse con una mujer de la vecindad, que le dió un hijo, también antes de lo debido. Esa aventura lo llevó a Londres a buscar fortuna. Tenía, parece, inclinación por el teatro; empezó cuidando caballos en la puerta.

Pronto consiguió trabajo en el teatro, tuvo éxito como actor, y vivió en el centro del universo, frecuentando a todo el mundo, conociendo a todo el mundo, ejerciendo su arte en las tablas, ejercitando su agudeza en las calles, y haciéndose admitir hasta en el palacio real. Mientras tanto, su bien dotada hermana, supongamos, se quedaba en casa. Era tan audaz, tan imaginativa, tan impaciente de ver el mundo

como él. Pero no la mandaron a la escuela. No tuvo oportunidad de aprender gramática y lógica, menos aún de leer a Virgilio y Horacio. Hojeaba de vez en cuando un libro, uno de su hermano, quizá, y leía unas cuantas páginas. Pero entonces, venían los padres y le decían que fuera a zurcir las medias o atendiera el guiso y no malgastara su tiempo con libros y papeles. Le hablarían claro pero bondadosamente, porque eran personas de peso que sabían las condiciones de vida propias de una mujer y querían a su hija. En verdad, lo más verosímil es que la adorara su padre.

Quizá garabateó algunas páginas a escondidas, en el desván de las manzanas, pero tuvo buen cuidado de esconderlas o prenderles fuego. Sin embargo, antes de los veinte años, decidieron comprometerla con el hijo de un vecino clasificador de lana. Dijo a gritos que odiaba el matrimonio, y su padre la azotó severamente. Entonces dejó de reñirla. Le rogó que no lo disgustara y no lo avergonzara en aquel asunto del casamiento. Le daría un collar de cuentas y una linda enagua, le dijo; y tenía lágrimas en los ojos. ¿Cómo desobedecerlo? ¿Cómo partirle el corazón? La fuerza de su vocación la impulsó. Hizo un atadito de sus cosas, se deslizó una noche de verano por una cuerda y tomó el camino de Londres. No había cumplido aún diecisiete años. Los pájaros que cantaban en los cercos no eran más musicales. Tenía la más pronta imaginación, un don como su hermano para la música de las palabras. Como él, tenía inclinación por el teatro. Se paró en la puerta del teatro; dijo que quería representar. Los hombres se le rieron en la cara. El empresario — un hombre gordo de labio caído — soltó la carcajada. Rezongó algo sobre perros bailando y mujeres representando — no hay mujer, dijo, que pueda ser una actriz. — Insinuó — lo que ustedes imaginan. Ella no tenía dónde aprender.

¿Podía acaso buscar su comida en una taberna o rondar las calles a medianoche?

Sin embargo, su inclinación era novelística y requería alimentarse infinitamente de vidas de hombres y de mujeres y del estudio de sus modos de ser. Al fin — porque era muy joven, muy parecida de rostro a Shakespeare el poeta, con los mismos ojos grises y las cejas arqueadas — al fin Nick Greene el empresario se apiadó de ella; un buen día, se encontró encinta y entonces — ¿quién medirá el calor y la violencia de un corazón de poeta, arraigado y envuelto en el cuerpo de una mujer? — se mató una noche de invierno y yace enterrada en alguna enrucijada donde ahora se detienen los ómnibus frente al Elefante y la Torre.

Así, más o menos, hubiera sido la historia, me parece, si una mujer en tiempo de Shakespeare, hubiera tenido el genio de Shakespeare. Pero por mi parte, estoy de acuerdo con el finado obispo, si obispo era, — es inconcebible que una mujer en tiempo de Shakespeare hubiera tenido el genio de Shakespeare. Porque el genio de Shakespeare no nace de gente de trabajo, ineducada y servil.

No nació en Inglaterra entre los sajones y los britanos. — No nace hoy entre la clase obrera. ¿Cómo, entonces, pudo haber nacido entre mujeres cuyo trabajo empezaba, según el profesor Trevelyan, casi antes de abandonar la *nursery* y al que estaban forzadas por sus padres y por todo el poder de la ley y el hábito? Sin embargo, alguna especie de genio debe haber existido entre las mujeres y debe haber existido entre las clases trabajadoras. De vez en cuando luce una Emily Brontë o un Robert Burns y prueban su presencia. Pero sin duda nunca llegó a la estampa.

Cada vez que una lee de una bruja tirada al agua, de una mujer poseída por los demonios de una curandera vendiendo hierbas y aun

de la madre de un hombre célebre pienso que estamos en la pista de un novelista, un poeta abortado, o una Jane Austen muda y sin gloria, una Emily Brontë rompiéndose los sesos en el páramo o recorriendo con desolación los caminos, trastornada por la tortura de su genio. Me atrevo a adivinar que Anónimo, que escribió tantos poemas sin firmarlos, era a menudo una mujer. Fué una mujer, me parece que Edward Fitz Gerald lo sugirió, la que compuso las baladas y las canciones populares canturreándolas a sus hijos, distraendo su labor o las largas noches de invierno.

Esto puede ser falso o ser verdadero — ¿quién lo resolverá? — pero lo que tiene de verdadero, me pareció, revisando la historia de la hermana de Shakespeare como yo la hice, es que una mujer nacida con un gran talento en el siglo XVI se hubiera enloquecido, se hubiera tirado un balazo, o hubiera acabado sus días en una choza solitaria, fuera de la aldea, medio bruja, medio hechicera, burlada y temida. Porque no se precisa mucha habilidad psicológica para saber que una muchacha de altos dones que hubiera intentado aplicarlos a la poesía, hubiera sido tan frustrada e impedida por el prójimo, tan torturada y desgarrada por sus propios instintos contradictorios, que debía perder su salud y su cordura. Ninguna muchacha pudo haber caminado hasta Londres y esperar en las puertas de los teatros y abrirse camino hasta el empresario sin hacerse violencia y sufrir una angustia quizás irracional — porque la castidad puede muy bien ser un fetiche inventado por ciertas sociedades por razones desconocidas — pero no por eso menos inevitable. Entonces, y aun ahora, la castidad tiene una importancia religiosa en la vida de una mujer, y se ha compenetrado de tal modo con instintos y nervios que desligarla y sacarla a la luz del día exige un valor de los más raros. Vivir una vida libre en Londres en el siglo dieciseis tiene que haber significado

para una mujer que era también un poeta y un dramaturgo una tensión nerviosa y un dilema que bien pudieron matarla. Si hubiera sobrevivido, todo lo escrito por ella hubiera sido retorcido y deforme, fruto de una forzada y mórbida imaginación. E indudablemente, pensé mirando el estante donde no hay dramas por mujeres, su obra hubiera salido sin su firma. Seguramente hubiera buscado ese refugio. Un resto del sentido de castidad dictó el anónimo a las mujeres aún en el siglo diecinueve. Currer Bell, George Elliot, George Sand, víctimas todas de discordia interior como sus escritos lo prueban, quisieron ineficazmente velarse bajo un nombre viril. Así rindieron homenaje a la convención, tan abundantemente fomentada por el otro sexo (la gloria principal de una mujer es que no hablen de ella, dijo Pericles, hombre de quien todos hablaban) de que la publicidad en las mujeres es detestable. Tienen la anonimidad en la sangre. Todavía las domina el deseo de estar veladas. Tampoco ahora, les preocupa tanto la salud de su fama, como a los hombres, y hablando en general, pueden pasar por una lápida o un poste sin sentir un deseo irresistible de grabar sus nombres en ellos, como Tito, Coco o Nacho tienen que hacerlo de acuerdo con su instinto, que les insinúa si ven pasar una mujer hermosa, o hasta un perro: *Ce chien est à moi*. Y, por supuesto, puede no ser un perro, pensé, recordando Parliament Square, la Sieges Allee y otras avenidas; puede ser un trozo de tierra, o un hombre de pelo negro, crespo. Una de las grandes ventajas de ser mujer es que uno puede cruzarse con una hermosa negra, sin desear convertirla en una inglesa.

Aquella mujer, pues, que nació con el don de la poesía en el siglo dieciseis, era una mujer desdichada, una mujer en lucha consigo misma. Todas las condiciones de su vida, todos sus propios instintos, eran hostiles al estado mental necesario para libertar el contenido de su

cerebro. Pero ¿cuál será el estado mental más propicio, al acto de creación, pregunté? ¿Es posible alcanzar una justa noción del estado que permite y amplía esa actividad extraña? Aquí abrí el volumen que encierra las Tragedias de Shakespeare. ¿Cuál era, por ejemplo, el estado mental de Shakespeare, cuando escribió *Lear* y *Antonio y Cleopatra*? Era, es evidente, el estado mental más favorable a la poesía que jamás ha existido. Pero el mismo Shakespeare, no nos dice nada de eso. Sólo sabemos de paso y por casualidad, que nunca tachó una línea. Nunca dijo nada el artista sobre su propio estado mental, hasta el siglo dieciocho.

El primero tiene que haber sido Rousseau. Sea lo que fuere, en el siglo XIX se había desarrollado tanto la conciencia propia que era costumbre que los hombres de letras describieran sus mentes en autobiografías y confesiones. También les consagraron biografías y a su muerte se daban a la stampa sus cartas. Así, aunque no sabemos lo que experimentó Shakespeare al escribir el *Rey Lear*, sabemos lo que experimentó Carlyle cuando escribió la *Revolución Francesa*; lo que experimentó Flaubert cuando escribió *Madame Bovary*; lo que padeció Keats al tratar de escribir poesías contra la llegada de la muerte y la indiferencia del mundo.

Y uno deduce de esta enorme literatura moderna de confesión y de auto análisis que escribir una obra de genio es casi siempre una proeza de prodigiosa dificultad. Todo contradice la posibilidad de que nazca completa en la mente del escritor. Generalmente las circunstancias materiales están en contra. Los perros ladran; la gente interrumpe; hay que hacer dinero; la salud se quebranta. Además, acentuando todas esas dificultades y haciéndolas más insoportables, está la indiferencia notoria del mundo. El mundo no pide a las personas que escriban poemas y novelas e historias; no los precisa. No le im-

porta que Flaubert encuentre la palabra justa o que Carlyle verifique escrupulosamente los hechos. Claro, no paga lo que no precisa. Y así el escritor, Keats, Flaubert, Carlyle, sufren, sobre todo, en los años creadores de la juventud, toda clase de distracción y descorazonamiento. Una imprecación, un grito de agonía, surge de esos libros de análisis y de confesión. “Grandes poetas muertos en su miseria” — tal es el leitmotiv de su canto. Si a pesar de todo, algo resulta, es un milagro, y probablemente ningún libro nace íntegro y válido como fué concebido.

Pero para las mujeres, pensé, mirando los anaqueles vacíos, esas dificultades han sido infinitamente más formidables. En primer lugar tener un cuarto propio, (de un cuarto quieto o de un cuarto a prueba de ruido ni hablemos) era de todo punto imposible, salvo que sus padres fueran excepcionalmente ricos o nobilísimos, hasta principios del siglo XIX. Como su pensión para alfileres, que dependía de la buena voluntad de su padre, apenas bastaba para vestirla, le estaban vedados esos alivios que proporcionaban a Keats o Tennyson o Carlyle, todos pobres, una excursión a pie, un viajecito a Francia, o el alojamiento privado, que por miserable que fuera, los defendía de los reclamos y tiranías familiares. Las dificultades materiales eran enormes; y las inmateriales aún peores. Esa indiferencia pública que Keats, Flaubert y otros hombres de talento encontraron tan difícil de soportar, era en su caso no indiferencia sino hostilidad. El mundo no le decía lo que a los hombres: Escriban si quieren; no me importa. Le decía con una carcajada: ¿Escribir? ¿Para qué escribir? Aquí podían ayudarnos los psicólogos de Newnham y de Girton, pensé, volviendo a mirar los claros en los estantes. Porque ya es hora de que se mida el efecto del desaliento en el espíritu del artista, como he visto medir el efecto de la leche común y de la leche

grado A en el cuerpo de una rata. Tenían dos ratas en dos jaulas vecinas, y de las dos una era furtiva, tímida y chica, y la otra lustrosa, grande y audaz. ¿De qué alimentamos a las mujeres que son artistas? me pregunté, recordando, supongo, aquella cena de ciruelas y crema. Para contestar esa pregunta me bastaba abrir el diario de la tarde y leer que Lord Birkenhead opina — pero realmente no voy a molestarte en copiar la opinión de Lord Birkenhead sobre lo que las mujeres escriben. Dejaré en paz lo que dice el Deán Inge. Dejaré que el especialista de Harley Street despierte con sus vociferaciones los ecos de Harley Street sin que se erice un pelo en mi frente. Citaré, sin embargo, a Mr. Oscar Browning, porque Mr. Oscar Browning fué alguna vez una gran figura en Cambridge, y solía tomar examen a los estudiantes en Girton y en Newnham. Mr. Oscar Browning solía declarar “que su impresión, después de recorrer los temas presentados, era que aparte de las clasificaciones que él daba, la mejor de las mujeres era intelectualmente inferior al peor de los hombres”. Después de esta declaración, Mr. Browning volvió a su departamento — y este episodio es el que nos hace quererlo y le da cierta majestad y relieve — volvió a su departamento y encontró a un caballero tirado en el sofá: “un mero esqueleto, de mejillas lívidas y cavernosas, de dientes negros, y al parecer, privado del uso de sus miembros... Es Arturo (dijo Mr. Browning). Es de veras un gran muchacho y de mente elevada”. Siempre me ha parecido que esas dos imágenes se completan. Y felizmente en esta época de biografías las dos imágenes se completan tan bien, que nos permiten interpretar las opiniones de los grandes hombres no sólo por lo que dicen, sino por lo que hacen.

Pero, aunque esto ahora es posible, opiniones como esas viniendo de los labios de gente importante, deben haber sido asaz formidables hace cincuenta años.

Supongamos que un padre, impulsado por los motivos más elevados, no quería que su hija abandonara el hogar para ser escritora, pintora o estudiante. Ve lo que dice Mr. Browning, diría; y no sólo Mr. Oscar Browning; sino la *Saturday Review*; y también Mr. Gregg. — “Lo fundamental en las mujeres”, decía Mr. Gregg enfáticamente, “es que las mantienen los hombres y que ellas los sirven”. Había una enorme masa de opinión masculina de que nada podía esperarse de las mujeres intelectualmente. Aunque su padre no leyera en voz alta esas opiniones, cualquier muchacha las podía leer ella sola; y esa lectura, aun en el siglo diecinueve, tiene que haber disminuído su vitalidad, e influído profundamente en su obra. Siempre esa afirmación — no puedes hacer esto, eres incapaz de hacer aquello — que era preciso refutar o eludir.

Tal vez para una novelista este germen no es ya eficaz; porque se han dado mujeres novelistas de mérito. Pero para pintoras debe aun tener su aguijón; y para compositoras, supongo, es todavía activo y de lo más venenoso. La mujer compositora está hoy al nivel de la actriz en tiempo de Shakespeare. Nick Greene, pensé, recordando la historia que inventé de la hermana de Shakespeare, dijo que una mujer representando era como un perro bailando. Doscientos años después Johnson aplicó la frase a las mujeres que predicán. Y aquí me dije, abriendo un libro sobre música, tenemos esas mismas palabras usadas en este año de gracia, de 1928, contra las mujeres que intentan componer música. “En cuanto a Mlle. Germaine Tailleferre sólo es posible repetir el dicho del Dr. Samuel Johnson sobre una mujer predicadora, trasportado a términos musicales. “Señor, una mujer compositora es como un perro caminando en sus patas traseras. No lo hace bien pero es sorprendente que lo haga”. Con tanta precisión se repite

do el resto, es harto evidente que aun en el siglo XIX la mujer carecía de todo estímulo si quería ser artista. Al contrario, la desairaban, le pegaban, la sermoneaban y la exhortaban. La necesidad de hacer frente a esto y de refutar aquello, tiene que haber torcido su mente y disminuído su vitalidad. Porque otra vez estamos dentro de aquel complejo masculino tan interesante y oscuro que ha influído tanto en el movimiento de la mujer: ese arraigado deseo, no de que *ella* sea inferior sino de que *él* sea superior, que lo sitúa no sólo a la cabeza de las artes, pero también cerrando el camino a la política, aun cuando el riesgo parezca mínimo y la postulante humilde y leal. Hasta Lady Bessborough, recuerdo, con toda su pasión por la política, tuvo que doblegarse humildemente y escribir a Lord Granville Leveson-Gower: “...a pesar de toda mi violencia política y lo mucho que he hablado sobre ese tema, convengo con Vd. que ninguna mujer debe entrometerse en ese u otro asunto serio, salvo para dar su opinión (si se la piden)”. Y luego emplea su entusiasmo en un tema sin riesgo, en aquel tema infinitamente importante — el primer discurso de Lord Granville en la Cámara de los Comunes. Por cierto, el espectáculo es muy extraño, pensé. La historia de la oposición de los hombres a la emancipación de las mujeres es quizá más interesante que la historia misma de esa emancipación.

Podría ser objeto de un libro divertido si alguna joven estudiante de Gárton o de Newnham acumulara ejemplos y dedujera una teoría, — pero precisaría guantes gruesos en las manos y barras de oro macizo para protegerla.

Pero lo divertido ahora, recordé, cerrando a Lady Bessborough, tuvo que ser desesperadamente en serio algún día. Opiniones que uno pega en un libro rotulado *Cocorocó* y que uno guarda para leer a auditorios selectos, algunas vez arrancaron lágrimas, les aseguro.

Entre sus abuelas y bisabuelas hubo muchísimas que lloraron a

mares. Florencia Nightingale, gritó fuerte en su agonía. Además ustedes, que han ingresado en la Universidad, y gozan de saloncitos — ¿o quizá únicamente dormitorios? — les es muy fácil resolver que el genio debe despreciar tales opiniones; que el genio debe estar muy por encima de lo que digan de él. Por desgracia, son precisamente los hombres y las mujeres de genio los que más se preocupan de lo que se dice de ellos. Piensen en Keats. Piensen en las palabras que hizo grabar en su lápida. Piensen en Tennyson. Piensen — pero no preciso multiplicar ejemplos del hecho indiscutible aunque lamentable, de que es muy propio del artista preocuparse en exceso de lo que digan de él. La literatura está abarrotada de ruinas de hombres que se han preocupado más allá de lo razonable de las opiniones ajenas.

Y esta susceptibilidad es doblemente desdichada, pensé, volviendo a mi primera investigación, del estado mental más propicio al estado creador, porque la mente del artista, para lograr el prodigioso esfuerzo de producir íntegra la obra que está en él, debe ser incandescente, como la mente de Shakespeare, conjeturé, mirando el libro abierto en *Antonio y Cleopatra*. No debe haber obstáculos en ella, ninguna materia extraña sin consumir. Porque, aunque decimos que nada sabemos de la mente de Shakespeare, cuando decimos eso, estamos diciendo algo de Shakespeare. Quizá la razón de que sepamos tan poco de Shakespeare — comparándolo con Donne o Ben Jonson o Milton — es que sus inquinas y rencores y antipatías nos están ocultas. No nos detiene alguna “revelación” que nos recuerde al escritor. Todo deseo de protestar, de predicar, de proclamar una injuria, de tomar un desquite, de hacer al mundo testigo de alguna rudeza o agravio fué disparado y consumido. De ahí que su poesía fluya libre y sin trabas. Si un ser humano logró expresar completamente su propia obra, ése ante incandescente, sin trabas, pensé, de la mente de Shakespeare.

C A P Í T U L O C U A R T O

EN el siglo dieciseis, imposible encontrar alguna mujer en ese estado de ánimo. Basta pensar en las lápidas isabelinas con todos esos niños arrodillados con las manos juntas; y en sus muertes tempranas; y ver sus casas con sus ahogados cuartos oscuros, para darse cuenta de que ninguna mujer pudo entonces haber escrito poesía. Lo que uno esperaría, es que algo más tarde, quizá, alguna gran dama aprovechando su relativa independencia y comodidad, publicara algo con su firma y corriera el albur de que la consideraran un monstruo. Los hombres, por supuesto, no son snobs, proseguí, evitando cuidadosamente “el feminismo notorio” de Miss Rebecca West, pero en general aprecian con simpatía los esfuerzos de una condesa que escribe versos. Uno esperaría que una señora con título encontrara mayor ambiente que el que hubiera encontrado en esa época una desconocida Miss Austen o una Miss Brontë. Pero uno podía esperar también que su mente fuera turbada por emociones forasteras como el temor y el odio y que en sus poemas quedaran rastros de ese disturbio. Aquí está Lady Winchilsea, por ejemplo, pensé, tomando sus poemas. Nació el año 1661; era noble de linaje y también por su casamiento;

no tenía hijos; escribió versos y basta hojearlos para encontrarla rebotando de indignación contra la posición de las mujeres:

*How are we fallen! fallen by mistaken rules,
And Education's more than Nature's fools;
Debarred from all improvements of the mind,
And to be dull, expected and designed;
And if someone would soar above the rest,
With warmer fancy, and ambition pressed,
So strong the opposing faction still appears,
The hopes to thrive can ne'er outweigh the fears (1).*

Es indudable que su mente no había “consumido todas las trabas hasta volverse incandescente”.

Al contrario, está molesta y aturdida por odios y agravios. La raza humana se ha dividido para ella en dos partidos. Los hombres son el “partido contrario”; los hombres son odiados y temidos, porque pueden cerrarle el camino de lo que ella quiere hacer — que es escribir.

*Alas! a woman that attempts the pen,
Such a presumptuous creature is esteemed,
The fault can by no virtue be redeemed.
They tell us we mistake our sex and way;
Good breeding, fashion, dancing, dressing, play,
Are the accomplishments we should desire,*

(1) ¡Qué bajo hemos caído! caído por equivocadas normas, — Antes víctimas de la Educación que de la Naturaleza; — Excluidas de todo adelanto del espíritu, — Dedicadas y destinadas a la torpeza; — Aunque alguna quiera elevarse sobre las otras, — Con fantasía más ardiente y con estimulada ambición, — El partido contrario es siempre tan fuerte — Que las esperanzas nunca contrabalancean.

*To write, or read, or think, or to enquire,
Would cloud our beauty, and exhaust our time,
And interrupt the conquests of our prime,
Whilst the dull manage of a servile house
Is held by some our outmost art and use (1).*

Lo que la anima a escribir es la suposición de que lo que escribe, jamás será publicado, y se calma con el triste canto:

*To some few friends, and to thy sorrows sing,
For groves of laurel thou wert never meant;
Be dark enough thy shades, and be thou there content (2).*

Sin embargo es claro que hubiera podido purgar su mente de odio y de temor y no cargarla de amargura y resentimiento; un fuego ardía en ella. De vez en cuando surgen palabras de poesía pura:

*Nor will in fading silks compose,
Faintly the inimitable rose (3).*

que son celebradas con justicia por Mr. Murray, y Pope, algunos piensan, recordó y se apropió de estas otras:

(1) ¡Ay de mí! a una mujer que ensaya la pluma, — La consideran tan presuntuosa — Que no hay virtud que pueda rescatar esa falta. — Nos dicen que equivocamos nuestro sexo y camino; — Buenos modales, elegancia, baile, trajes, juegos, — Son los primores que debemos desear. — Escribir, leer, pensar, o investigar, — Nublara nuestra belleza, agotaría nuestro tiempo, — Estorbaría las conquistas de nuestra plenitud. — La fastidiosa dirección de una casa servil — Es para muchos nuestro destino y arte supremos.

(2) Para unos pocos amigos y para tus pesares, canta. — Los bosques de laurel no son para ti; — Sean lo bastante oscuras tus sombras, que ellas te basten.

(3) No quiere delinear en pálidas sedas — Débilmente la rosa inimitable.

*Now the jonquille o' ercomes the feeble brain,
We faint beneath the aromatic pain (1).*

Es una verdadera lástima que la mujer que podía escribir así, cuya mente condecía con la naturaleza y la reflexión, haya sido forzada al enojo y la amargura. ¿Pero qué podía hacer?, me pregunto, imaginando los sarcasmos y la risa, la adulación de los parásitos y el escepticismo del poeta profesional. Encerrarse en el campo, en una pieza para escribir, y ser desgarrada por la amargura y tal vez los escrúpulos, aunque su marido fuera de lo más bondadoso y perfecta su vida matrimonial. “Tal vez”, digo, porque cuando uno quiere investigar la vida de Lady Winchilsea, uno halla, como de costumbre, que casi nada se sabe de ella.

Sufría una triste melancolía que podemos de algún modo explicar, cuando la encontramos diciéndonos que bajo su poder ella se imaginaba:

*My lines decried, and my employment thought
An useless folly or presumptuous fault (2).*

La afición así censurada, era, según parece, la muy inofensiva de vagar por los campos y soñar:

*My hand delights to trace unusual things,
And deviates from the known and common way,*

(1) El junquillo domina los débiles sentidos: — Nos desmaya el aroma doroso.

(2) Denigrados mis versos, y mi tarea juzgada — Locura inútil o vanidosa

*Nor will in fading silks compose,
Faintly the inimitable rose (1).*

Naturalmente, si esa era su costumbre y ese su placer, sólo podía esperar que se burlaran de ella; y por consiguiente dicen que la satirizaron “como un *bas-bleu* con un prurito de garabatear”.

También se dijo que ofendió a Gay, riéndose de él. Dijo que sus *Trivia* demostraban “que era más apto para llevar una silla de mano que para ocuparla”. Pero todo esto es “charla dudosa” y, dice Mr. Murray, “poco interesante”. Yo no estoy de acuerdo, me gustaría haber tenido más charlas dudosas que me hubieran permitido sacar algo en limpio o imaginar algo de esta señora melancólica, que solía vagar por los campos pensando en cosas extraordinarias y que despreciaba tan atolondrada e indiscretamente, “la fastidiosa dirección de una casa servil”. Pero se volvió insustancial, dice Mr. Murray. Su don se fué en vicio, entreverado en zarzas. No tuvo oportunidad de florecer, hermoso y distinguido como era. Y así, restituyéndola al estante, me volví a esa otra gran dama, la duquesa amada por Lamb, la atolondrada y fantástica Margarita de New Castle, mayor, pero aún su contemporánea. Eran muy diferentes, pero parecidas en ser nobles las dos y sin hijos, y ambas casadas con maridos excelentes. En ambas ardía igual pasión poética y estaban las dos desfiguradas y deformadas por las mismas causas. Abran la Duquesa, y se encuentra la misma expresión de ira, “Las mujeres viven como murciélagos o lechuzas, trabajan como bestias y mueren como gusanos...” Margarita también pudo haber sido poeta; en nuestra época toda esa actividad hubiera movido alguna rueda. Tal como era ¿qué cosa era capaz de sujetar,

(1) Mi mano se deleita en dibujar cosas insólitas, — Y se desvía del camino común. — No quiere delinear en pálidas sedas — Débilmente la rosa inimitable.

domar o civilizar, para un empleo humano, esa inteligencia agreste, generosa e indisciplinada? Se volcó, sin ton ni son, en torrentes de rima y prosa, de poesía y filosofía, congelados en infolios y mamotretos que nadie lee. Le hubieran puesto un microscopio en la mano. Le hubieran enseñado a mirar los astros, y a razonar científicamente. Su mente se extravió a fuerza de independencia y de soledad. Nadie la controló. Nadie la enseñó. Los profesores la adulaban. En la Corte se reían de ella. Sir Egerton Brydges se quejó de su vulgaridad “proviniedo de una hembra de alto linaje educada en la Corte”. Acabó por enclaustrarse en Welbeck.

¡Qué visión de tumulto y de soledad, trae el recuerdo de Margarita Cavendish! Como si un pepino gigante se hubiera extendido sobre todas las rosas y los claveles en el jardín; y los hubiera muerto de asfixia. ¡Qué desperdicio, que la mujer que escribió “las mujeres más educadas son aquellas cuyas mentes son más corteses” hubiera malgastado su tiempo garabateando desatinos, hundiéndose cada vez más en la oscuridad y la locura, hasta que la gente se agolpaba alrededor de su coche cuando salía! Evidentemente la duquesa loca sirvió de espantajo para asustar a las muchachas inteligentes. Aquí, recordé dejando a un lado la Duquesa y abriendo las cartas de Dorotea Osborne, está Dorotea escribiendo a Temple sobre el nuevo libro de la Duquesa: “Claro que la pobre mujer está algo trastornada, puesto que ha tenido la ridiculez de animarse a escribir libros y en verso; aunque yo no durmiera una quincena, yo no me atrevería”.

Y entonces, ya que ninguna mujer discreta y modesta podía escribir libros, Dorotea, que era sensitiva y melancólica, el temperamento opuesto al de la Duquesa, no escribió nada. Sus cartas no contaban. Una mujer podía escribir cartas sentada a la cabecera de su

Podía escribirlas junto al fuego, mientras los hombres charlaban, sin molestarlos. Lo raro, pensé, hojeando las cartas de Dorotea es el talento que tenía esa muchacha solitaria e inculta para construir una frase, para describir una escena. Oiganla soltarse: “Después de comer nos sentamos y conversamos hasta que se trata del señor B. y entonces me voy. El calor del día lo paso trabajando o leyendo y a las seis o las siete paseo por un campito que está cerca de la casa donde una cantidad de mozas jóvenes cuidan Vacas y Ovejas y están sentadas en las sombras cantando baladas; las miro y comparo sus voces y Hermosuras a algunas Antiguas Pastoras de que he leído y encuentro una vasta diferencia, pero créame que las creo tan inocentes como aquellas. Les hablo y encuentro que para ser las Gentes más felices del mundo, no les falta más que saber que lo son. Casi siempre cuando estamos en la mitad de nuestro discurso una mira y ve que su Vaca se está metiendo en el Maizal y salen todas disparando como si tuvieran alas en los talones. Yo que no soy tan animosa me quedo atrás y cuando las veo llevando a casa sus animales pienso que es tiempo de que yo me retire. Cuando ya he cenado salgo al Jardín y voy a la ribera de un pequeño Río que corre por ahí donde me siento y te deseo a mi lado...”

Uno hubiera jurado que había en ella la pasta de un escritor. Pero “aunque yo no durmiera una quincena yo no me atrevería a eso” — uno puede medir la oposición que había en el ambiente a una mujer escritora cuando se vé que hasta una mujer con tanto don de escribir había llegado a suponer que escribir un libro era ser ridícula, o parecer trastornada. Y así llegamos, proseguí, dejando en el estante el breve y sencillo volumen de carta de Dorotea Osborne, a Mrs. Behn.

Con Mrs. Behn doblamos un recodo importante del camino. Dejamos atrás, encerradas en sus parques entre sus infolios, aquellas grandes damas solitarias que escribían sin público ni crítica, para su íntimo

deleite. Llegamos a la ciudad y nos hombreamos con la gente en las calles. Mrs. Behn era una mujer de la clase media con todas las virtudes plebeyas de chacota, vitalidad y coraje; una mujer obligada por la muerte de su marido y por algunas lamentables aventuras personales a ganarse la vida aguzando el ingenio. Tenía que trabajar, como los hombres. Consiguió lo bastante para vivir, trabajando duramente. La importancia del hecho, sobrepasa cualquiera de sus escritos, hasta el espléndido “*Mil Mártires he hecho*” o “*El amor celebraba un triunfo fantástico*”, pues aquí empieza la libertad de la mente, o más bien la posibilidad de que en el decurso del tiempo la mente escribirá lo que quiera. Pues ya que lo había hecho Aphra Behn, las muchachas podían decir a sus padres: No necesitan darme una pensión; puedo ganar dinero con mi pluma. Por supuesto la contestación fué, por muchos años; “¡Sí, llevando la vida de Aphra Behn! ¡Antes la muerte!” y les daban con la puerta en la cara.

Este tema tan atrayente, el valor que los hombres dan a la castidad de las mujeres, y su efecto sobre su educación, plantea una controversia, y puede suministrar un libro interesante a cualquier estudiante de Girton o Newnham; podría servir de carátula, Lady Dudley, cubierta de brillantes, entre los bichos de un pantano escocés. Lord Dudley, el Times dijo el otro día, al morir Lady Dudley, “un hombre de gusto cultivado y de muchos conocimientos, era bondadoso y liberal, pero caprichosamente despótico. Insistía en que su esposa llevara vestidos de etiqueta, hasta en el más remoto puesto de caza en las montañas; la cargaba de magníficas joyas” y en fin “le daba todo salvo la menor responsabilidad”. Pero Lord Dudley tuvo un ataque y ella lo cuidó y manejó sus propiedades con suprema competencia. Ese despotismo caprichoso perteneció también al siglo diecinueve.

emostró que se puede ganar dinero

escribiendo, mediante el sacrificio, tal vez, de ciertas cualidades agradables; y así gradualmente el hecho de escribir adquirió una importancia práctica, dejó de ser un mero síntoma de idiotez o de una mente trastornada. Un marido podía morir, o la familia sufrir un desastre. Cientos de mujeres empezaron, al acercarse el siglo dieciocho, a aumentar su pensión de alfileres, o a sostener sus familias haciendo traducciones o escribiendo las innumerables malas novelas que ya no se recuerdan ni en los libros de texto, pero que pueden encontrarse en los puestos de libros viejos en el Charing Cross Road. La gran actividad intelectual que las mujeres revelaron hacia fines del siglo dieciocho — las conversaciones, las asambleas, la escritura de ensayos sobre Shakespeare, las traducciones de los clásicos — se funda en el hecho de que las mujeres podían hacer dinero escribiendo. El dinero da valor a lo que impago es frívolo. Todavía podían burlarse de la “*bas bleu* con un prurito de borrar”, pero era indiscutible que esta llenaba su bolsa. Así, a fines del siglo dieciocho se operó un cambio, que de estar yo reescribiendo la historia, lo estudiaría más prolijamente, considerándolo de mayor importancia que las Cruzadas o las Guerras de las Rosas. La mujer de la clase media empezó a escribir. Porque si *Pride and Prejudice* cuenta, y *Middemarch* y *Villette* y *Wuthering Heights* cuentan, entonces cuenta mucho más que lo que puedo demostrar en una conferencia de una hora, el hecho de que mujeres de todas clases escribieran y no simplemente la aristócrata solitaria encerrada en su casa de campo entre sus adulones y sus infolios. Sin esas precursoras, Jane Austen y las Brontë y George Elliot no hubieran escrito, como no lo hubiera hecho Shakespeare sin Marlowe, o Marlowe sin Chaucer, o Chaucer sin aquellos poetas olvidados que trazaron el camino y domesticaron la rudeza natural del idioma. Porque las obras maestras no nacen aisladas y solitarias; son el producto de muchos años

de pensar en común, de pensar en montón, detrás de la voz única, de modo que ésta es la experiencia de la masa. Jane Austen debió depositar una corona en la tumba de Fanny Burnel, y George Elliot rendir homenaje a la sombra robusta de Eliza Carter — la vieja valerosa que ató una campana a la cabecera de su cama, para despertarse temprano y aprender griego. Todas las mujeres juntas debieran cubrir de flores la tumba de Aphra Behn, que está, con escándalo pero muy justificadamente, en Westminster Abbey, pues ella fué quien les ganó el derecho de decir lo que piensan. Ella es — enamorada y sospechosa como era — la que esta noche me permite decirles sin que sea del todo fantástico: Ganen con su talento quinientas libras esterlinas por año.

Hemos llegado a los comienzos del siglo diecinueve. Y aquí, por primera vez, encuentro varios estantes dedicados enteramente a obras de mujeres. Pero ¿por qué razón, no pude dejar de preguntarme, al recorrerlas, serán con muy pocas excepciones, todas novelas? El impulso inicial fué hacia la poesía. La “fuente suprema del verso” era una poetisa. En Francia y en Inglaterra las mujeres poetas preceden a las mujeres novelistas. Por otra parte, pensé, mirando los cuatro nombres célebres, ¿qué tenía George Elliot en común con Emily Brontë? ¿No fracasó del todo Charlotte Brontë cuando quiso comprender a Jane Austen? Salvo por el hecho tal vez significativo de que ninguna de ellas tuvo hijos, sería imposible congregarse en un cuarto cuatro caracteres más incongruentes — tanto que es tentador inventar una reunión y un diálogo entre ellas. Pero cuando escribían, alguna extraña fuerza hizo que escribieran novelas. Me pregunto, si esto tendrá algo que ver con el hecho de pertenecer a la clase media; y con el hecho, que tan llamativamente destacó un poco más tarde, Miss Emily Davies, de que las familias de clase media a principios del siglo dieci-

Si una mujer escribía, tenía que hacerlo en la sala común. Y, como se hubo de lamentar Miss Nightingale con tanta vehemencia, — “las mujeres nunca tienen una media hora... que sea realmente de ellas” — siempre la interrumpían. Sin embargo, sería más fácil escribir prosa y novelas en la salita que versos o que un drama. Se requiere menos concentración. Hasta el fin de sus días Jane Austen escribía así. “Cómo fué capaz de realizar todo esto”, escribe su sobrino en su Memoria, “es sorprendente, porque no tenía un estudio aparte y mucha de su obra tiene que haber sido compuesta en la sala común, sujeta a toda clase de interrupciones. Debía cuidar que los sirvientes o las visitas, las personas que no fueran de su familia, no sospecharan su tarea”. Jane Austen escondía sus manuscritos o los tapaba con un papel secante. Además, todo el aprendizaje literario que una mujer tenía en los principios del siglo diecinueve era la observación de caracteres, el análisis de la emoción. Su sensibilidad había sido educada durante siglos por las influencias de la sala común. Los sentimientos de las gentes estaban siempre ante sus ojos. Por consiguiente, cuando la mujer de clase media se dedicó a escribir, escribió naturalmente novelas, aunque, como parece muy evidente, dos de las cuatro mujeres famosas aquí nombradas, no eran novelistas de raza. Emily Brontë debió escribir dramas en verso; el exceso de la amplia mente de George Elliot debió haberse extendido, una vez agotado el impulso creador, hacia la biografía o la historia. Escribieron novelas, sin embargo; es posible ir más lejos, pensé, sacando *Pride and Prejudice* del estante, y decir que escribieron buenas novelas. Sin vanagloria y sin molestar al sexo opuesto, uno puede decir que *Pride and Prejudice*, es un buen libro. De cualquier modo, no sería motivo de vergüenza, que a uno la sorprendieran escribiendo *Pride and Prejudice*. Pero Jane Austen se alegraba de que chirriara un gozne antes que alguien entrara. Para

Jane Austen había algo denigrante en escribir *Pride and Prejudice*. Y, me puse a pensar ¿no hubiera acaso sido mejor *Pride and Prejudice* si Jane Austen no hubiera creído necesario esconder el manuscrito de las visitas?

Leí una o dos páginas para ver; pero no encontré ninguna señal de que sus circunstancias hubieran perjudicado su obra en lo más mínimo. Eso, quizá, era el mayor milagro. Hé ahí una mujer por el año 1800 escribiendo sin odio, sin sermones. Así escribía Shakespeare, pensé, leyendo *Antony and Cleopatra*; y cuando la gente compara a Shakespeare y Jane Austen, querrán decir que la inteligencia de los dos habían consumido todas las trabas; y por ese motivo no conocemos a Jane Austen y no conocemos a Shakespeare, y por ese motivo Jane Austen está en cada palabra que escribía, y lo mismo Shakespeare. Si algo sufrió Jane Austen por sus circunstancias fué por la estrechez de vida que le impusieron. Una mujer no podía salir sola. Nunca viajó; nunca anduvo en un ómnibus por Londres, ni almorzó sola en una tienda. Pero tal vez era natural en Jane Austen no necesitar lo que no tenía. Su talento y sus circunstancias armonizaban completamente. Pero dudo que eso sucediera con Charlotte Brontë, dije, abriendo *Jane Eyre* y poniéndolo junto a *Pride and Prejudice*.

Lo abrí en el capítulo doce y mis ojos se detuvieron en la frase “Que me censuren los que quieran”. Y yo pensé, ¿qué es lo que censuraban a Charlotte Brontë? Y leí que Jane Eyre subía a la azotea mientras Mrs. Fairfax hacía jaleas, y miraba a lo lejos sobre los campos. “Y entonces anhelaba” — y por ese motivo la censuraban — “una visión capaz de traspasar ese límite; de alcanzar el mundo atardeado, ciudades, regiones llenas de vida, de las que había oído hablar sin haberlas visto: deseaba más experiencia práctica de la que tenía; más intercambio con mi prójimo. Mayor contacto con caracteres más

variados que los que tenía a mi alcance. Comprendía lo que había de bueno en Mrs. Fairfax, y lo que había de bueno en Adèle; pero creía en la existencia de otras clases más vividas de bondad, quería conocerlos”.

“¿Quién me censura? Muchos, a no dudar, y dirán que soy una descontenta. No podía remediarlo; la inquietud era innata en mí; me agitaba a veces hasta el dolor... “Es inútil decir que a los seres humanos debe satisfacerles la tranquilidad; necesitan acción — y si no la tienen la crean. Hay millones de seres condenados a un destino aun más quieto que el mío, y millones en silenciosa revuelta contra su suerte. Nadie sabe cuantas rebeliones fomentan en las masas de vida que pueblan la tierra. En general se cree que las mujeres son muy tranquilas; pero las mujeres sienten lo mismo que los hombres; necesitan ejercicio para sus facultades y campo para sus esfuerzos, igual que sus hermanos; sufren de reglas demasiado rígidas, del estancamiento absoluto, precisamente como sufrirían los hombres; y es una estrechez de criterio en su prójimo más privilegiado el decir que ellas deben limitarse a hacer tortas y tejer medias, a tocar el piano y bordar carteras. Es insensato condenarlas, o reirse de ellas, si buscan hacer más o aprender más que lo prescripto por el hábito.

“En mi soledad solía escuchar con frecuencia la risa de Grace Poole...”

Una interrupción de lo más incómoda, pensé. Es molesto encontrarse de golpe con Grace Poole. El hilo se rompe. Uno podría decir, continué, dejando el libro al lado de *Pride and Prejudice*, que la mujer que escribió esas páginas tenía más genio que Jane Austen; pero si uno las vuelve a leer y nota ese sacudón, esa indignación, uno ve que ella nunca conseguirá una expresión total de su genio. Sus libros serán deformes y torcidos. Escribirá con rabia, en lugar de

escribir serenamente. Escribirá tontamente en lugar de escribir con sensatez. Escribirá sobre ella misma en lugar de escribir sobre sus personajes. Está en guerra con su destino. ¿Cómo no morir joven, impedida y frustrada?

Uno no puede menos que especular con la idea de lo que hubiera sucedido si Charlotte Brontë hubiera poseído unas trescientas libras al año — pero la inocente vendió los derechos de sus novelas por mil quinientas libras esterlinas — si hubiera poseído de algún modo, mayor conocimiento del mundo y de ciudades y regiones llenas de vida; más experiencia práctica, e intercambio con sus semejantes y hubiera conocido variedad de caracteres. En aquellas palabras señaló exactamente no sólo sus propios defectos como novelista sino también los de su sexo en aquel tiempo. Ella sabía mejor que nadie lo mucho que hubiera aprovechado su genio si no lo hubiera malgastado en visiones solitarias sobre la lejanía de los campos; si le hubieran concedido experiencia, intercambio y viajes. Pero no le fueron concedidos, le fueron rehusados y debemos aceptar el hecho de que todas esas buenas novelas, *Villette*, *Emma*, *Wuthering Heights*, *Middlemarch* fueron escritas por mujeres sin otra experiencia vital que la que puede entrar en el hogar de un respetable clérigo: escritas además en la sala común de ese hogar respetable y por mujeres tan pobres que no podían comprar más que unos pocos cuadernos a la vez para escribir *Wuthering Heights* o *Jane Eyre*.

Es cierto que una de ellas, George Elliot, después de muchos disgustos se escapó, pero sólo a una casa apartada en St. John's Wood. Y allí se instaló a la sombra de la censura general. “Queda entendido”, escribía, “que nunca invitaré a nadie a visitarme si no me lo piden” ¿porque no vivía acaso en pecado mortal con un hombre casa-

Mrs. Smith o de quien fuera a verla?

“Hay que someterse a las convenciones sociales y quedar excluida del mundo”. Al mismo tiempo, en el otro extremo de Europa, había un joven viviendo libremente con esta gitana o con aquella otra gran señora; yendo a la guerra, recogiendo sin censuras toda esa variada experiencia de la vida humana que le sirvió tan espléndidamente cuando empezó a escribir sus libros. Si Tolstói hubiera vivido en la casa parroquial con una mujer casada “excluido del mundo”, por edificante que fuera la lección moral, no hubiera conseguido escribir, me parece, *La Guerra y la Paz*.

Pero se podría, tal vez, profundizar algo más el tema de la composición de novelas y el efecto del sexo sobre el novelista. Si uno cierra los ojos y piensa en la novela como un todo, parece una creación que repite la vida como un espejo, aunque por cierto, con simplificaciones y deformaciones innumerables. De cualquier modo, es una estructura que deja una forma en la mente, edificada a veces en cuadros, a veces como una pagoda, a veces proyectando alas y arcadas, a veces macizamente compacta y abovedada como la Catedral de Santa Sofía en Constantinopla. Esa forma, pensé, recordando ciertas novelas famosas, despierta en uno la clase de emoción apropiada. Pero esa emoción en seguida se mezcla con otras, porque la “forma” no está hecha por la relación de una piedra con otra piedra, sino por la relación de un ser humano con otro ser humano. Por eso una novela despierta en nosotros toda clase de emociones opuestas y antagónicas. La vida entra en conflicto con algo que no es la vida. De ahí la dificultad de llegar a un acuerdo sobre las novelas, y el dominio inmenso que tienen sobre nosotros nuestros prejuicios íntimos. Por un lado, sentimos que Tú — Juan el héroe — debes vivir, o yo me hundiré en abismos de desesperación. Por el otro, sentimos: ¡Ay de ti, Juan, debes morir! porque la forma del libro lo requiere. La vida entra en conflicto con

algo que no es la vida. Entonces, desde que en parte es vida, lo juzgamos como vida. Jaime es el tipo de hombre que aborrezco, dice uno. O, esto es un fárrago de disparates. Yo no sentiría nunca esas cosas. La estructura total, es evidente, evocando cualquier novela famosa, es de una infinita complejidad, porque está hecha de tantos juicios diversos, de tan diversas clases de emoción. El milagro es que un libro compuesto así, pueda mantenerse arriba de un año o dos, o pueda significar para el lector inglés lo mismo que para el ruso o el chino. Pero, a veces consiguen mantenerse de un modo notable. Y lo que los mantiene en estos raros ejemplos de supervivencia (estaba pensando en *La Guerra y la Paz*) es algo que se llama integridad, aunque nada tiene que ver con pagar las cuentas, o conducirse con honor en una emergencia. La que no se entiende por integridad, en el caso del novelista, es la convicción de que él nos da de que esa es la verdad. Sí, uno siente, yo nunca hubiera pensado que esto pasara así; yo nunca he visto gente portándose así. Pero usted me ha convencido de que así es, de que así sucede. Uno pone al trasluz cada sentencia, cada escena que lee — porque la Naturaleza parece habernos provisto, muy curiosamente, de una luz interior por la que juzgamos de la integridad o deshonestidad del novelista. O quizá la Naturaleza, en un momento muy irracional, ha trazado con tinta invisible en las paredes del entendimiento una premonición que los grandes artistas confirman: un croquis que basta exponer al fuego del genio para que sea visible. Cuando uno lo expone y lo vé animarse, uno exclama encantada: ¡Pero esto es lo que siempre he sentido y sabido y deseado! Y uno está efervescente de entusiasmo, y, cerrando el libro con una especie de reverencia como si fuera algo muy precioso, un refugio que le durará mientras uno viva, lo vuelve a su sitio en el estante, yo dije, tomando *La Guerra y la Paz* y guardándolo en su lugar. Si, por otra parte, estas

pobres frases que uno toma y prueba, empiezan por despertar nuestro interés con su colorido brillante y sus gestos airoso, pero ahí se detienen: o si sólo sacan a luz un débil garabato en aquel rincón y un borrón por el otro, y nada aparece del todo y completo, entonces se lanza un suspiro de desencanto y se dice: Otro fracaso. De algún modo se ha malogrado esta novela. Y en la mayoría de los casos, por supuesto, las novelas se malogran. La imaginación falla bajo el enorme esfuerzo. La penetración se confunde; ya no distingue lo verdadero de lo falso; ya no tiene la fuerza de proseguir esa vasta labor que exige a cada instante el empleo de facultades tan diversas. Pero como puede todo esto ser afectado por el sexo del novelista, pensé, mirando a *Jane Eyre*, y las demás. ¿Podía el hecho de su sexo influir de algún modo en la integridad de una mujer novelista — esa integridad que yo considero el espinazo del escritor? Ahora bien, en los pasajes que cité de *Jane Eyre*, es indudable que la vida estaba falseando la integridad de Charlotte Brontë la novelista. Ella descuidaba su cuento, al que debía toda su atención, para atender algún agravio personal. Se acordaba que había sido privada de su debida porción de experiencia — que la habían estancado zureciendo medias en una casa parroquial cuando necesitaba errar libre por todo el mundo. A su imaginación la torcía la indignación y nosotros sentimos cuando se tuerece. Pero otras influencias que la ira tironeaban de su imaginación y la desviaban de su camino. La ignorancia, por ejemplo. El retrato de Rochester está dibujado a oscuras. Percibimos ahí la influencia del miedo; lo mismo que percibimos continuamente una acidez que es el resultado de la opresión, un sufrimiento oculto latente bajo su pasión, un rencor que contrae aquellos libros, por espléndidos que sean, con un espasmo doloroso.

Y ya que una novela guarda esa correspondencia con la vida real,

sus valores son de algún modo los de la vida real. Pero es evidente que los valores de las mujeres difieren a menudo de los valores establecidos por el otro sexo; es natural que esto sea así. Con todo, son los valores masculinos los que prevalecen. En términos generales, el foot ball y el deporte son “importantes”; el culto de la moda, la compra de trajes, “triviales”.

Esos valores se transfieren inevitablemente de la vida a la novela. Este libro es importante, da por sentado el crítico, porque trata de guerras. Este otro libro es insignificante porque trata de los sentimientos de las mujeres en un salón. Una escena en un campo de batalla es más importante que una escena en una tienda — en todas partes y con más sutileza la diferencia de valores persiste. Toda la estructura, por consiguiente, de la novela de principios del siglo diecinueve, había sido erigida, si uno era una mujer, por una mente algo desviada de lo recto, y obligada a alterar su clara visión en obsequio de una autoridad externa. No hay más que hojear aquellas viejas novelas olvidadas y escuchar el tono de voz en el cual fueron escritas para saber que la escritora está enfrentándose con la crítica; ella decía tal cosa para agredir, tal otra para conciliar. Admitía que era “sólo una mujer”, o afirmaba que “valía tanto como un hombre”. Salía al encuentro de la crítica según su temperamento, con deferencia y docilidad, o con enojo y énfasis. No importa cuál de los dos; estaba en otra cosa que en la cosa misma. Su libro se nos viene encima. Había una falla en el centro. Y pensé en todas las novelas escritas por mujeres que yacen desparramadas, como manzanas picadas en una huerta, por las librerías de viejo de Londres. Es la falla en el centro lo que las ha podrido. Ella ha alterado sus valores en obsequio a la opinión ajena.

Pero qué imposible debe haber sido para ellas no moverse ni a la

derecha ni a la izquierda. Qué genio, qué integridad debe haberse requerido para hacer frente a toda esa crítica, en medio de esa sociedad puramente patriarcal, para aferrarse sin retroceder, a las cosas que veían. Sólo Jane Austen lo hizo y Emily Brontë. Es otro mérito, quizá el mejor de cuantos tienen. Escribían como las mujeres escriben, no como los hombres. De los miles de mujeres que entonces escribían novelas, ellas solas despreciaron los consejos perpetuos del eterno pedagogo: escriban esto, piensen aquello. Sólo ellas fueron sordas a esa voz persistente, ya rezongona, ya protectora, ya tiránica, ya herida, ya escandalizada, ya enfurecida, ya paternal, esa voz que no puede dejar tranquilas a las mujeres, pero que tiene que perseguirlas como una institutriz meticulosa, exhortándolas, como Sir Egerton Brydges, a ser refinadas, metiendo hasta en la crítica de poesías crítica sexual; exhortándolas, si quieren ser buenas y ganar, supongo, algún premio brillante, a mantenerse dentro de los límites que el caballero en cuestión encuentra adecuados: — “... las mujeres novelistas deben sólo aspirar a descollar por el valiente conocimiento de las limitaciones de su sexo”. Esas palabras compendian la situación, y cuando yo les diga que esta frase fué escrita no en Agosto de 1828 sino en Agosto de 1928, ustedes convendrán, me parece, que por más divertida que sea ahora para nosotros, representa una opinión generalizada — no voy a remover esos viejos charcos; tomo lo que el azar ha traído a mis pies — y era más vigorosa y más explícita hace cien años. Se hubiera precisado una muchacha muy animosa en 1828 para desoir todos esos desaires, y reprimendas y promesas de recompensa. Era preciso ser bastante revolucionaria para decirse: ¡Ah! pero no van a comprar la literatura. La literatura debe estar abierta para todos. No le permito, por más Bedel que usted sea, echarme del césped. Cierren sus biblio-

tecas si quieren; pero no hay puertas, ni cerradura, ni cerrojo que cierre la libertad de mi espíritu.

Pero por más efecto que el desaliento y la censura tuvieran sobre sus obras — y creo que tenían un efecto muy grande — eso era menos importante que la otra dificultad que les enfrentaba (hablando de los novelistas de los principios del siglo diecinueve) cuando se pusieron a fijar en el papel sus pensamientos — la falta de una tradición, o una tradición tan breve y parcial que de muy poco les servía. Porque nosotros si somos mujeres pensamos a través de nuestras madres. Es inútil pedir ayuda a los grandes escritores, por más que uno les pida solaz. Lamb, Browne, Thackeray, Newman, Sterne, Dickens, De Quincey — quienquiera que sea — no han ayudado nunca a una mujer, aunque ésta puede haber aprendido de ellos algunas trampas, adoptándolas para su propio uso. El peso, el andar, el tranco del espíritu del hombre son demasiado diferentes al suyo para que ella pueda copiarles algo esencial. El mono imitativo de la famosa confesión de Stevenson está demasiado lejos para plagiar. Quizá el primer descubrimiento de esa mujer, al disponerse a escribir, fué que no había una construcción ya lista para ella. Todos los grandes novelistas como Thackeray y Dickens y Balzac han escrito una prosa natural, rápida pero no desaliñada, expresiva pero no rebuscada, tomando su propio matiz sin dejar de ser propiedad común. Partían de la frase que era corriente en esa época. La frase corriente a principios del siglo diecinueve era más o menos así: “La grandeza de sus obras era una razón, no para detenerse sino para adelantar. No encontraban mayor estímulo que el ejercicio de su arte y producciones infinitas de belleza y verdad. El éxito estimula el esfuerzo, y la costumbre facilita el éxito”. Esa es una frase de hombre; detrás uno puede entrever a Johnson, a Gibbon y a los demás. Es inservible para una mujer. Charlotte Brontë, con

todos sus espléndidos dones para la prosa, tropezó y cayó con ese torpe instrumento en las manos. George Elliot hizo atrocidades inefables con él.

Jane Austen lo miró y se rió de él, e ideó una construcción perfectamente natural y moldeada, y de la que no se apartó. De esa manera, con menos genio literario que Charlotte Brontë, alcanzó a decir mucho más. Seguramente, desde que la libertad y plenitud de expresión son la esencia del arte, una carencia tal de tradición, una tal escasez de útiles adecuados, deben haber influído enormemente en lo que escribían las mujeres. Además un libro no se hace de frases colocadas una al lado de la otra, sino de frases construídas — si les parece servicial la metáfora — en forma de cúpulas o de arcadas. Y esa forma también ha sido hecha por hombres con sus propias necesidades para sus propios versos. No hay razón para pensar que la forma del drama épico o poético le conviene más a la mujer que la forma de la oración. Pero todas las formas más antiguas de la literatura estaban endurecidas y rígidas cuando ella comenzó a escribir. Sólo la novela era lo bastante joven para tener blandura en sus manos — otra razón, tal vez de que ella escribiera novelas. Pero ¿quién dirá si aun ahora “la novela” (pongo comillas para marcar lo inadecuado de la palabra), quién dirá si aun esta forma, la más dócil de todas, está justamente hecha para ella? Sin duda la veremos moldearla para sí cuando goce del libre uso de sus miembros; e inventar un nuevo vehículo, no verso necesariamente, para su poesía. Porque la poesía no encuentra cauces. Y me puse a pensar si una mujer de ahora escribiría una tragedia poética en cinco actos. ¿Usaría verso? — ¿no usaría más bien prosa?

Pero esas son cuestiones difíciles que se vislumbran en la media luz del futuro. Debo dejarlas, aunque sólo sea porque me inducen a desviarme del tema en selvas intrincadas donde me perderé y acaso me

devoren las fieras. No quiero, y estoy segura de que ustedes no quieren, que yo aborde un tema tan lúgubre: el porvenir de la novela. Sólo me detendré un instante, a señalarles el gran papel que ejercerán en ese porvenir las condiciones físicas, al menos en lo referente a mujeres. El libro debe en cierto modo adaptarse al cuerpo, y al azar uno afirmaría que los libros de mujeres deben ser más breves, más concentrados, que los de los hombres, y contruídos de modo que no precisen largas horas de trabajo tenaz e ininterrumpido. Porque las interrupciones no faltarán. Además, los nervios que alimentan el cerebro parecen diferir en los hombres y las mujeres, y si hay que hacerlos trabajar de manera que den su mayor rendimiento, debe encontrarse lo que más les conviene — si tantas horas de conferencias, si, por ejemplo, les convienen esas horas de lectura que hace muchos siglos idearon los monjes — ¿qué alternativas de trabajo y reposo requieren, interpretando por reposo no el no hacer nada, sino el hacer algo distinto; y qué será ese algo distinto? Todo esto debe ser discutido y descubierto; todo esto es parte del problema: las mujeres y la novela. Y sin embargo, continué, acercándome de nuevo a la biblioteca ¿dónde encontrar ese minucioso estudio de la psicología de las mujeres por una mujer? Si en razón de incapacidad para el foot ball no van a permitir que las mujeres ejerzan la medicina...

Por fortuna, siguieron otro rumbo mis pensamientos.

C A P I T U L O Q U I N T O

Yo había llegado al fin, en el curso de esta divagación, a los estantes de libros de autores vivos; de mujeres y de hombres; porque ahora hay casi tantos libros escritos por mujeres como por hombres. O si esto no es toda la verdad, si el sexo masculino es todavía el sexo locuaz, lo cierto es que las mujeres ya no escriben sólo novelas. Ahí están los libros de Jane Harrison sobre arqueología griega; los de estética de Vernon Lee; los de Gertrude Bell sobre Persia. Hay libros sobre todos los temas que ninguna mujer de la generación anterior se hubiera animado a abordar. Hay poemas y dramas y críticas; hay historias y biografías, libros de viajes y libros de erudición y de investigación; hay hasta unos cuantos de filosofía y libros de ciencias y de economía. Y aunque predominan las novelas, las novelas mismas pueden muy bien haber cambiado de tanto convivir con los libros de otro carácter. La natural simplicidad, la edad épica de la escritura, puede haber pasado. La lectura y la crítica puede haberles dado más vasto alcance, una sutileza mayor. El impulso hacia la autobiografía puede haberse agotado. Puede estar empezando a emplear la escritura como un arte, no como un instrumento de auto expresión. Entre esas novelas nuevas uno bien puede hallar la respuesta a tales preguntas.

Tomé una de ellas al azar. Estaba en el extremo del estanté y se llamaba *Life's Adventure*, o algo por el estilo, por Mary Carmichael, y se había publicado en este mismo mes de octubre. Parece su primer libro, me dije. Pero uno debe leerlo como si fuera el último tomo de una serie bastante larga, una continuación de todos esos libros que había estado hojeando — los poemas de Lady Winchilsea, las comedias de Aphra Behn y las novelas de las cuatro grandes novelistas. Porque los libros son la continuación unos de otros a pesar de nuestra costumbre de juzgarlos por separado. Y debo también considerarla — a esta mujer desconocida — como la descendiente de todas esas otras mujeres cuyas circunstancias he estado estudiando y ver lo que ella hereda de sus características y restricciones. Así, con un suspiro, porque las novelas son tan a menudo un sedante y no un estimulante, y la sumen a uno en sueños pesados en vez de despertarla con una antorcha encendida, me senté con un libro de apuntes y un lápiz para sacar en limpio lo que pudiera de la primera novela de Mary Carmichael, *Life's Adventure*.

Para empezar, recorrí con la vista la página de arriba abajo. Voy a atrapar primero el ritmo de sus frases, me dije, antes de cargar la memoria con ojos azules y negros y con las relaciones posibles entre Chloe y Roger. Será tiempo cuando haya decidido si tiene en la mano una pluma o una piqueta.

Probé una o dos frases con la lengua. Pronto se evidenció que algo no funcionaba del todo bien. El suave deslizamiento de una frase después de la otra quedaba interrumpido; algo atormentaba, algo arañaba; una sola palabra aquí y allá me deslumbraba los ojos con su antorcha. Era “desmañada” como decían en las comedias antiguas. Era como una persona raspando un fósforo que no se enciende. ¿Pero por qué, le pregunté, como si estuviera presente, por qué no son las ti? ¿Hay que despacharlas a todas

porque Emma y Mr. Woodhouse han muerto? Lástima, suspiré, que esto sea así. — Porque mientras Jane Austen va de melodía en melodía como Mozart de canto en canto, leer estas páginas era como estar en un bote en alta mar. Primero uno subía, luego se hundía. Esta concisión, esta falta de aliento puede significar que tenía miedo de algo; miedo, tal vez, de que la llamaran “sentimental”; o quizá, recordaba que los escritos de mujeres han sido llamados floridos, y ella por consiguiente suministra una superabundancia de espinas; pero hasta que no haya leído una escena con algún cuidado, no podré estar segura de si ella es ella misma, o es alguna otra. De cualquier modo, ella no rebaja nuestra vitalidad, pensé, leyendo con más cuidado. Pero amonтона demasiados hechos. No podrá utilizar ni la mitad en un libro de este tamaño. (Era como la mitad de *Jane Eyre*). Sin embargo de una manera o de otra consiguió llevarnos a todos — Roger, Chloe, Olivia, Tony y Mr. Bigham — en una canoa río arriba. Espera un momento, dije, recostándome en mi sillón, debo considerar todo esto más cuidadosamente antes de proseguir.

Estoy casi segura, me dije, de que Mary Carmichael nos está haciendo una broma. Porque me siento como en una montaña rusa cuando el coche, en lugar de hundirse, como uno esperaba, sube de nuevo. Mary está haciendo trampa con la continuación esperada. Primero cortó la sentencia; ahora acaba de romper la ilación. Muy bien, tiene todo el derecho de hacer esas dos cosas si las hace no por el gusto de romper, sino por el de crear. No sabré de cuál de los dos motivos se trata hasta que ella se enfrente con una situación. Le daré plena libertad, me dije, para elegir la situación; que la fabrique con latas vacías y calderas viejas si quiere; pero tiene el deber de convencerme que cree que es una situación; y cuando la haya fabricado debe encararla. Debe dar el salto. Y dispuesta a cumplir mi deber

como lectora si ella cumplía el suyo como escritora, volví la página y leí... siento cortar de un modo tan brusco. ¿Hay hombres presentes? ¿Me prometen ustedes que esa cortina roja no oculta la figura de Sir Charles Biron? ¿Me lo juran, todas somos mujeres? Entonces les puedo decir que las primeras palabras que leí eran estas — “A Chloe le gustaba Olivia...” no se asusten. No se sonrojen. Admitamos aquí entre nosotras que estas cosas suceden. A veces a las mujeres les gustan otras mujeres.

“A Chloe le gustaba Olivia”, leí. Y me dí cuenta del gran cambio que eso significaba. A Chloe le gustaba Olivia, quizá, por la primera vez en la literatura. A Cleopatra no le gustaba Octavia. Y qué cambio total hubiera padecido *Antonio y Cleopatra* si eso hubiera pasado. Tal como está, pensé, distrayéndome un poco de *Life's Adventure*, todo el asunto ha sido simplificado, convencionalizado, si me atrevo a decirlo, de una manera absurda. El único sentimiento de Cleopatra hacia Octavia es uno de celos. ¿Es más alta que yo? ¿Cómo se peina? La pieza, tal vez, no precisaba más. Pero qué interesante hubiera sido si las relaciones de las dos mujeres hubieran sido más complejas. Todas esas relaciones entre mujeres, pensé, recorriendo rápidamente la espléndida galería de mujeres ficticias, son demasiado simples. Se ha excluído tanto. Traté de recordar algún caso en el curso de mis lecturas en el que hubiera dos mujeres presentadas como amigas. Hay una tentativa de algo así en *Diana of the Crossways*. Por supuesto hay confidentes, en Racine y en las tragedias griegas. Hay de vez en cuando madres e hijas. Pero casi sin excepción se las ve en su relación con los hombres. Era raro pensar que todas las grandes figuras novelescas, fueron hasta los días de Jane Austen, no sólo vistas por el otro sexo, sino vistas únicamente en relación con el otro sexo, vida de la mujer; y qué poco puede

saber un hombre cuando la observa a través de los anteojos negros o rosados que el sexo le coloca en la nariz. De ahí, quizá, el carácter peculiar de las mujeres en la novela; los sorprendentes extremos de su belleza y su horror; sus alternativas entre una bondad celeste y una depravación infernal, — porque así la verá un enamorado según que ascienda o decline su amor, según su próspera o su mala fortuna. Eso no es tan cierto de las novelistas del siglo XIX, por supuesto. La mujer se vuelve mucho más compleja y diversa. Quizá fué el deseo de escribir sobre las mujeres, el que indujo gradualmente a los hombres a abandonar el drama poético, cuya violencia podía aprovecharlas tan poco, y a inventar la novela como más adecuada. Aun así resulta evidente, hasta en los escritos de Proust, que el hombre no está menos trabado y menos parcial, en su conocimiento de la mujer, que la mujer en su conocimiento del hombre. Además, proseguí, mirando de nuevo la página, está claro que las mujeres, como los hombres, tienen otros intereses que los perennes intereses domésticos. “A Chloe le gustaba Olivia. Compartían las dos un laboratorio...” seguí leyendo y descubrí que esas dos muchachas estaban ocupadas en picar hígado, que es, parece, un remedio para la anemia perniciosa; aunque una era casada y tenía — pienso que hago bien en decirlo — dos niños pequeños. Todo eso, por supuesto, ha debido excluirse, y así el espléndido retrato de la mujer ficticia es harto simple y demasiado monótono. Supongan, por ejemplo, que los hombres sólo figuraran en la literatura como amantes de las mujeres, y nunca como amigos de los hombres, soldados, pensadores, soñadores; ¿qué pocos roles en las piezas de Shakespeare podrían confiárseles; ¿cómo habría sufrido la literatura! Tendríamos, tal vez, buena parte de Antonio, casi todo Otello; pero nada de César, nada de Bruto, nada de Hamlet, nada de Lear, nada de Jaques — la literatura se empobrecería de un modo increíble, como

ya ha sido empobrecida incalculablemente por las puertas cerradas a las mujeres. Casadas contra su voluntad, encerradas en un cuarto, y con una sola tarea ¿cómo podría el dramaturgo hacer de ellas una semblanza completa o interesante o verídica? No quedaba otro intérprete que el amor. El poeta estaba obligado a ser apasionado o amargo, a menos que declarara “odiar a las mujeres”, lo que significaba a menudo que no les era interesante.

Ahora bien, si a Chloe le gustaba Olivia y comparten un laboratorio las dos, hecho que por sí sólo hace que su amistad sea más variada y más duradera porque será menos personal; si Mary Carmichael sabe escribir, y yo empezaba a gozar de cierta calidad en su estilo, si tiene un cuarto propio, de lo que no estoy segura; si tiene quinientas libras al año — pero eso está por demostrarse — entonces pienso que algo muy importante ha sucedido.

Porque si a Chloe le gustaba Olivia y Mary Carmichael sabe expresarlo, se encenderá una antorcha en esa vasta cámara en la que nadie ha penetrado. Todas son medias luces y sombras profundas como en esas cuevas sinuosas donde uno va con una vela, atisbando arriba y abajo, sin saber dónde poner el pie. Y empecé a leer el libro de nuevo, y leí como Chloe vió a Olivia poner un tarro en un aparador y decir que era tiempo de volver a su casa y a sus hijos. He ahí un espectáculo que nunca se ha visto desde el principio del mundo, exclamé — y ya me puse a observar con curiosidad. Porque quería ver cómo se las arreglaba Mary Carmichael para captar esos ademanes no registrados, esas palabras sin decir o a medio decir que se diseñan, tan impalpables como las sombras de las mariposas nocturnas en el cielo raso, cuando las mujeres están solas, no iluminadas por la luz caprichosa y coloreada del otro sexo. Tendrá que retener el aliento, es que va a hacerlo; porque las mu-

eres son tan suspicaces de cualquier interés que no esté respaldado por algún motivo evidente, tan terriblemente habituadas a la ocultación y al disimulo, que basta un parpadeo en su dirección para que se espanten. La única manera de hacerlo, pensé, dirigiéndome a Mary Carmichael como si estuviera presente, es hablar de otra cosa, mirando fijamente por la ventana, y así anotar, no con un lápiz en una libreta, sino en la más breve de las taquigrafías, en palabras apenas deletreadas, lo que sucede cuando Olivia (ese organismo que ha estado bajo la sombra de las rocas esos millones de años) siente que le cae encima la luz y ve venir hacia ella ese alimento extraño; — conocimiento, aventura, arte. Y extiende la mano para alcanzarlo, pensé, levantando los ojos de la página, y tiene que inventar una combinación enteramente nueva a sus medios, ya desarrollados para otros fines, que le permita absorber lo nuevo en lo antiguo sin molestar el equilibrio intrincado y complejo del todo.

Pero, ay de mí, había hecho lo que había resuelto no hacer; me había deslizado impensadamente al elogio de mi propio sexo. “Muy desarrolladas” — “infinitamente intrincado” — esos términos son de elogio, y elogiar el propio sexo es siempre sospechoso, y a veces tonto; además, en este caso ¿cómo justificarlo? Imposible ir al mapa y decir que Colón descubrió América y que Colón era una mujer; o tomar una manzana y observar: Newton descubrió las leyes de la gravitación y Newton era una mujer, o mirar al cielo y decir: arriba están volando aeroplanos y las mujeres inventaron los aeroplanos. No hay una marca en la pared para medir la precisa estatura de las mujeres. No hay medidas de una yarda, prolijamente divididas en fracciones de una pulgada que determinen las condiciones de una buena madre o el cariño de una hija, o la fidelidad de una hermana o la capacidad de un ama de llaves. Son pocas, aun ahora son pocas, las

mujeres graduadas en las universidades; los grandes certámenes de las profesiones, ejército y armada, comercio y política y diplomacia las han probado apenas. Están, aún en estos momentos, casi sin clasificar. Pero si necesito saber todo lo que un ser humano puede decir sobre Sir Hawley Butts, por ejemplo, no tengo más que abrir Burke o Debrett y encontraré que se graduó en esto o aquello, que era dueño de una gran propiedad; que tenía un heredero; que fué secretario de administración, que representaba a Gran Bretaña en el Canadá y había recibido un cierto número de grados, empleos, medallas y otras distinciones por medio de las cuales sus méritos han sido estampados en él indeleblemente. Sólo la Providencia puede saber algo más sobre Sir Hawley Butts.

Por consiguiente, cuando digo de las mujeres: “muy desarrollada”, “infinitamente intrincada”, no puedo verificar mis palabras en Whitaker, Debrett o el Almanaque Universitario. ¿Qué hacer en este trance? Miré otra vez la biblioteca. Ahí estaban las biografías: Johnson y Goethe y Carlyle y Sterne y Cowper y Shelley y Voltaire y Browning y muchos otros. Me puse a pensar en esos grandes hombres que habían por una u otra razón admirado, suplicado, convivido, confiado, enamorado, escrito, depositado su confianza y demostrado lo que sólo puedo describir como una necesidad y dependencia de ciertas personas del sexo opuesto. No afirmaré que todas esas relaciones fueron completamente platónicas, y Sir William Joyson Hicks lo negaría. Pero agraviaríamos mucho a esos hombres ilustres, si afirmáramos que esas alianzas sólo les redituaban comodidad, adulación y los placeres del cuerpo! Lo que conseguían, es claro, era algo que su propio sexo era incapaz de suministrar; y no sería temerario, quizá, definirlo también, sin recurrir a las palabras indudablemente rapsódicas de los poetas, en el poder creador que sólo el otro

sexo puede otorgar. El abriría la puerta del saloncito o de la *nursery*, pensé, y la encontraría entre sus hijos tal vez, o con un bordado en sus rodillas — de cualquier modo, el centro de un orden de vida distinto — y el contraste entre ese mundo y el suyo, que sería tal vez los Tribunales o la Cámara de los Comunes, le sería tierno y refrescante, y percibiría hasta en la conversación más natural y sencilla, una diferencia de opiniones, y las ideas mustias revivirían en él; y el sólo verla creando en un mundo diferente al suyo animaría su poder creador, de modo que su estéril mente empezaría otra vez a urdir, y diera con la frase o la escena que le faltaba cuando se puso el sombrero para visitarla. Cada Johnson tiene su Thrale, y se aferra a ella por razones como esta, y cuando la Thrale se casa con su músico italiano, Johnson se vuelve medio loco de rabia y de disgusto, no sólo por echar de menos sus agradables veladas en Streatham, sino porque la luz de su vida está “como apagada”.

Y sin ser el Dr. Johnson o Goethe o Carlyle o Voltaire, uno puede sentir, aunque de muy distinto modo que esos grandes hombres, la naturaleza de esa complejidad, y el poder de esa facultad creadora tan altamente desarrollada entre las mujeres. Uno entra en una cuarto — pero habría que fatigar los recursos del idioma inglés, y bandadas enteras e ilegítimas de palabras tendrían que nacer a la vida antes que una mujer pueda decir lo que sucede cuando entra en un cuarto. Los cuartos difieren tanto; son tranquilos o atronadores, dan al mar, o dan a un patio de cárcel; tienen ropa colgada a secar; o están vivos con ópalos y sedas; son duros como crin o blandos como plumas — basta entrar en un cuarto de cualquier calle para que toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad salte a la vista. ¿Cómo podía ser de otro modo? Porque las mujeres han estado sentadas ahí adentro, todos esos millones de años. Ahora las paredes están impreg-

nadas de su fuerza creadora, que ha superado de tal modo la capacidad de los ladrillos y de la argamasa que ahora debe atarearse con plumas y pinceles y negocios y política. Pero este poder creador difiere mucho del poder creador de los hombres. Y debemos admitir que sería una pena si lo obstruyeran o lo tiraran, porque fué ganado con siglos de la más severa disciplina, y no hay nada que pueda reemplazarlo. Sería una pena que las mujeres escribieran como los hombres, o vivieran como los hombres, o parecieran hombres, porque si apenas dan abasto dos sexos, considerando la amplitud y variedad del mundo ¿cómo nos manejaríamos con uno solo? ¿No debe la educación desarrollar y reforzar las diferencias, más bien que las similitudes? Porque ya demasiado nos parecemos, y si un explorador pudiera volver con noticias de otros sexos, atisbando otros cielos a través de las ramas de otros árboles; nada sería de mayor servicio a la humanidad; y de yapa tendríamos el placer de ver al Profesor X empuñando sus varas de medir y demostrándose “superior”.

Mary Carmichael, (pensé yo, siempre en suspenso sobre la página) ya tiene trabajo de sobra, si se propone observar. De veras temo que sucumba a la tentación de ser la rama menos interesante de la especie: la novelista realista, no la contemplativa. Hay tantos nuevos hechos que observar. Ya no tendrá que limitarse a las casas decentes de la alta burguesía. Penetrará sin bondad ni consideración, pero con el espíritu de compañerismo, en esos cuartos pequeños y perfumados donde espera la cortesana, la ramera y la dama con el perro faldero. Ahí están esperando con la deficiente ropa hecha que el escritor masculino ha tenido que echarles sobre los hombros. Pero Mary Carmichael sacará sus tijeras y la ajustará a cada ángulo y cada hueco. Será un curioso espectáculo, cuando llegue, ver esas mujeres un poco, porque Mary Carmichael

está aún abrumada por esa timidez en presencia del “pecado” que es la herencia de nuestra barbarie sexual. Lleva todavía en los pies los grillos oxidados de las diferencias de clase.

Sin embargo, la mayoría de las mujeres no son cortesanas, ni ramerías, ni están sentadas acomodando perros falderos en terciopelo polvoriento a lo largo de las tardes de verano. ¿Pero qué hacer entonces? y acudió a mi mente una de esas calles larguísimas al sur del río cuyas filas infinitas están innumerablemente pobladas. Con los ojos de la imaginación, ví una señora muy tiesa cruzando la calle del brazo de una mujer de mediana edad, su hija, quizá, tan bien calzadas y abrigadas que el vestirse en las tardes debe ser un rito, y hasta el guardar las ropas en armarios con alcanfor, año tras año, durante los meses de verano. Cruzan la calle cuando las lámparas ya están encendidas (porque el crepúsculo es su hora favorita), como deben haberlo hecho año tras año. La mayor está cerca de los ochenta; pero si uno le preguntara que ha significado su vida, diría que recuerda las calles iluminadas por la batalla de Balaclava, o que oyó las salvas en Hyde Park por el nacimiento del rey Eduardo Séptimo. Y si uno le preguntara, deseando fijar el momento con fecha y estación, ¿pero qué estuvo haciendo el cinco de Abril de 1868, o el dos de Noviembre de 1875? tomaría un aire vago y diría que no se acuerda. Porque ya han sido cocinadas todas las cenas; lavados los platos y tazas; enviados a la escuela los niños, y después lanzados al mundo. Nada queda ya de todo eso. Todo se ha desvanecido. No hay una biografía ni una historia que diga una palabra y las novelas, sin quererlo, mienten inevitablemente.

Hay que registrar todas esas vidas infinitamente oscuras, dije, dirigiéndome a Mary Carmichael como si estuviera presente; y seguí recorriendo con la imaginación las calles de Londres, sintiendo en

el pensamiento, la presión de la mudez, la acumulación de vidas ignoradas, ya de mujeres en las esquinas con los brazos en jarras, y los anillos incrustados en los dedos gordos, hinchados, charlando con una gesticulación como el vaivén de las palabras de Shakespeare; o de las vendedoras de violetas y de fósforos y viejas arrugadas paradas en las puertas de calle; o de muchachas a la deriva, cuyos rostros, como olas bajo el sol o las nubes, anuncian la llegada de hombres y mujeres, y las luces parpadeantes de las vidrieras. Todo eso deberás expresar, le dije a Mary Carmichael, con la antorcha firme en la mano. Sobre todo, deberás iluminar tu propia alma con sus profundidades y trivialidades y sus vanidades y sus larguezas, y decir el sentido que tu belleza o tu fealdad, tienen para ti, y qué relación tienes con el mundo vertiginoso y siempre cambiante de guantes y zapatos y telas que se agitan entre los vagos perfumes que se escapan de los frascos de las farmacias bajo arcadas de trapo sobre un piso de pseudo-mármol. Porque en la imaginación yo había entrado en una tienda; estaba embalada en blanco y negro; estaba empavesada con cintas de colores, azoradoramente hermosos. Pensé, que bien podía Mary Carmichael echarle un vistazo al pasar, porque era un espectáculo no menos digno de la pluma que una cumbre nevada o que un desfiladero rocoso en la Cordillera. Y en cuanto a la muchacha del mostrador — yo preferiría tener su verdadera historia a la vida número ciento cincuenta de Napoleón o al septuagésimo estudio de Keats y su manejo de la inversión miltónica que el viejo profesor Z y sus congéneres están componiendo ahora mismo. Y luego proseguí, muy cautelosamente, en puntas de pies (tan cobarde soy, tan miedosa del látigo que una vez casi atravesó mis espaldas), y murmuré que ella debía también aprender a reír, sin amargura, de las vanidades — digamos mejor de las peculiaridades — del otro sexo. Porque

todos tenemos en la nuca una mancha del tamaño de un chelín que nunca podemos ver. Es uno de los buenos servicios que un sexo puede hacer al otro: describir esa mancha del tamaño de un chelín en la nuca. Piensen cuanto provecho han sacado las mujeres de los comentarios de Juvenal y de la crítica de Strindberg. Piensen con cuánta humanidad y cuánto brillo los hombres, desde las épocas más remotas, han señalado a las mujeres, esa mancha oscura en la nuca! Y si Mary fuera muy íntegra y muy valiente, se pondría detrás del otro sexo y nos diría lo que vé. Nunca se pintará un retrato completo y fiel del hombre hasta que una mujer describa esa mancha del tamaño de un chelín. Mr. Woodhouse y Mr. Casuabon son manchas de ese tamaño y de esa clase. Por supuesto, nadie en su sano juicio le aconsejaría el deliberado escarnio y la burla: la literatura ha demostrado la futilidad de lo que se escribe con ese propósito. Sé veraz, le diría, y el resultado tiene que ser interesantísimo. Se enriquecerá la comedia. Se descubrirán nuevos hechos.

Con todo, ya era tiempo de bajar los ojos a la página. Mejor que especular sobre lo que podría y debería escribir Mary Carmichael. Me puse a leer de nuevo. Recordé que tenía contra ella ciertos motivos de queja. Había quebrado la oración de Jane Austen, y me había privado de toda oportunidad de pavonearme con mi gusto impecable, con mi oído exigente. Porque era inútil decir, “Sí, sí, eso está bonito, pero Jane Austen escribía mucho mejor”, cuando tenía que admitir que entre las dos no había ningún punto de semejanza. Además había ido más lejos, y había roto la ilación — el orden esperado. Tal vez lo había hecho sin darse cuenta, como lo haría una mujer si escribiera como una mujer. Pero el efecto resultaba desconcertante: no se veía la acumulación de la ola, la crisis próxima doblando la esquina. Por consiguiente yo no podía pavonearme con la profundidad de mis sen-

timientos y mi conocimiento profundo del corazón humano. Pues cada vez que estaba a punto de sentir las cosas habituales en los momentos habituales, sobre el amor o sobre la muerte, la fastidiosa persona me daba un tironcito, como si lo importante estuviera un poco más allá. Y me hacía imposible desplegar mis frases sonoras sobre “sentimientos elementales”, la materia común de la humanidad” los abismos del corazón humano”, y todas esas frases que ayudan nuestra fe de que por muy inteligentes que seamos por encima, somos muy serios, muy profundos y muy humanos en el fondo. Ella me hacía sentir al contrario que en lugar de seria, humana y profunda, era posible que yo fuera — y el pensamiento no era seductor — meramente convencional y haragana.

Pero seguí leyendo, y noté otros hechos. No era un “genio” — eso era notorio. No tenía nada del amor a la Naturaleza, de la fogosa imaginación, de la innata poesía, del brillante ingenio, de la sabiduría cavilosa de sus grandes predecesoras, Lady Winchelsea, Charlotte Brontë, Emily Brontë, Jane Austen y George Elliot; no podía escribir con la melodía y la dignidad de Dorothy Osborne — en realidad no era más que una muchacha hábil cuyos libros serán “reducidos” por los editores de aquí diez años. Pero tenía, sin embargo, ciertas ventajas de las que carecieron, hace medio siglo, mujeres mucho mejor dotadas.

Los hombres ya no eran para ella “el partido contrario”; no necesitaba perder su tiempo injuriándolos; no tenía que subir a la azotea y arruinar la paz de su espíritu anhelando viajes, experiencia y un conocimiento del mundo y de los caracteres que le habían sido negados. El temor y el odio habían casi desaparecido; sólo quedaban algunos rastros en una ligera exageración del goce de ser libre, una tendencia caústica y satírica, más que romántica, al delinear el otro como novelista, gozaba de ciertas

naturales ventajas de primer orden. Su sensibilidad era vastísima, ávida y libre. Respondía a un casi imperceptible toque. Se deleitaba como una planta recién puesta en el aire con cada vista o sonido que se le atravesaba. Merodeaba, además, muy sutil y curiosamente, entre cosas casi desconocidas o no identificadas; se posaba sobre cosas pequeñas y mostraba que tal vez no eran tan pequeñas. Sacaba a luz cosas enterradas y hacía que uno se maravillara de que hubieran sido enterradas. Torpe como era, y sin los inconscientes modales de larga tradición que hacen que el menor rasgo de la pluma de un Thackeray o un Lamb sea delicioso al oído, había — empecé a pensar — dominado la primer gran lección: escribir como una mujer, pero como una mujer que ha olvidado que lo es, de modo que sus páginas estaban llenas de esa curiosa calidad sexual que sólo se adquiere cuando el sexo no es consciente de sí mismo.

Todo esto era para bien. Pero de nada le valdrían esa abundancia de sensación o delicadeza de percepción si no lograba edificar con lo personal y lo efímero el edificio duradero que queda incommovible. Yo había dicho que esperaba hasta que se enfrentara con “una situación”. Y con eso quería decir, hasta que demostrara a fuerza de llamar, de chistar, de congregar, que no jugaba sólo con superficies, sino que había mirado en el fondo. Ya es tiempo, se diría, en un momento dado, de que sin violencia alguna yo muestre el significado de todo esto. Y empezaría — ¡qué inconfundible es esta primera señal de vida! — a llamar y a chistar, y surgirían entonces en la memoria, medio olvidadas, cosas triviales de otros capítulos, desparrramadas por el camino. Y haría que sintiéramos su presencia mientras alguien cosía o fumaba una pipa lo más naturalmente posible y sentiríamos, mientras ella seguiría escribiendo, como si hubiéramos subido a la cima del mundo y lo viéramos abajo extenderse majestuosamente.

Al menos, estaba haciendo la prueba. Y al ver que se estiraba para el esfuerzo, vi, pero deseando que ella no viera, los obispos y los deanes, los doctores y los profesores, los patriarcas y los pedagogos, gritándole consejos y advertencias: ¡No puedes hacer esto y no harás aquello! ¡Sólo los estudiantes y maestros pueden pisar el césped! ¡No se admiten señoras sin una presentación especial! ¡Por aquí las que aspiren a novelistas!

Así la acosaban como el gentío en una pista de carreras, y su problema era saltar el cerco sin mirar a izquierda o derecha. Si te detienes a renegar estás perdida, le dije; lo mismo, si te detienes a reír. Una vacilación o una torpeza y estás perdida. Piensa sólo en el salto, le imploré, como si hubiera apostado a ella todo mi dinero; y saltó como un pájaro. Pero detrás había otro cerco y otros cercos detrás. A pesar de su aguante yo tenía mis dudas, porque el palmoteo y los gritos desgastan los nervios. Pero hizo cuanto pudo. Considerando que Mary Carmichael no era un genio, sino una muchacha desconocida escribiendo su primera novela en su dormitorio, privada de tantas cosas deseables — tiempo, dinero y ocio — no lo hizo tan mal.

Démosle otros cien años, me dije, leyendo el último capítulo — las narices de la gente y los hombros descubiertos se mostraban desnudos contra un cielo estrellado, porque alguien había descornado la cortina en el salón — démosle un cuarto propio y quinientos libras esterlinas al año, dejemos que diga lo que quiere y elimine la mitad de lo que ahora pone, y escribirá un libro mejor, uno de estos días. Será un poeta, dije, colocando en la punta del estante *Life's Adventure*, por Mary Carmichael, dentro de cien años.

C A P I T U L O S E X T O

AL día siguiente la luz de la mañana de octubre caía en dardos polvorientos a través de las ventanas sin cortinas, y el rumor del tráfico subía de la calle. Londres se estaba dando cuerda de nuevo: la fábrica estaba despierta, empezaban las máquinas. Era tentador, después de tanta lectura, mirar por la ventana y ver lo que estaba haciendo Londres en la mañana del 26 de Octubre de 1928. ¿Qué estaba haciendo Londres? Nadie, me pareció, estaba leyendo *Antonio y Cleopatra*. Londres estaba del todo indiferente a las piezas de Shakespeare. A nadie le importaba un bledo — y no los censuro — el porvenir de la novela, la suerte de la poesía o el desarrollo por la mujer normal, de un estilo de prosa plenamente adecuado a su mente. Si en la vereda hubieran escrito con tiza opiniones sobre esta materia, nadie se hubiera agachado a leerlas. La indiferencia de los pies apurados las hubiera borrado en una media hora. Aquí venía un mandadero; aquí una mujer con un perro. El encanto de la calle de Londres es que no hay dos personas iguales; cada una parece movida por algún asunto particular. Ahí estaban los atareados, con sus valijas; los desocupados golpeando con los bastones las verjas del subsuelo; los tipos afables para quienes las calles sirven de club, saludando a hombres en carros

y distribuyendo información que nadie les pide. Había entierros también ante los que se descubrían los hombres, repentinamente conscientes del tránsito de sus cuerpos.

Y entonces un señor muy distinguido bajó con lentitud de un umbral y se detuvo para no chocar con una dama de lo más animada que había adquirido de algún modo un espléndido abrigo de piel y un ramo de violetas de Parma. Todos parecían separados, absortos en sus propios asuntos.

Esta vez, como tan a menudo pasa en Londres, había una calma total y suspensión del tráfico. Nada venía por la calle; nadie pasaba. Una hoja sola se desprendió del plátano al final de la calle y cayó en esa pausa y suspensión. De cierto modo era como una señal, la señal de una fuerza en las cosas que uno había pasado por alto. Era como el signo de un río, que fluía invisiblemente calle abajo, a la vuelta de la esquina, y tomaba la gente y las arrastraba, como la corriente de Oxbridge había arrastrado al estudiante en su bote y a las hojas muertas. Ahora iba trayendo de una vereda de la calle a la otra, diagonalmente, una muchacha con botines de charol y un joven de sobretodo marrón; también traía un taxímetro; y juntó a los tres en un punto, justo bajo mi ventana, donde se detuvo el taxímetro, y la muchacha y el joven se detuvieron, y subieron al taxi que se alejó sin ruido, como si lo arrastrara la corriente.

La escena era bastante común: lo curioso era el ritmo que mi imaginación le otorgaba, y el hecho de que la escena común de dos personas subiendo a un taxi tuviera la virtud de comunicar algo de su propia satisfacción. La vista de dos personas que vienen por la calle y se encuentran en la esquina, parece aliviar la mente, pensé, mirando al taxi dar la vuelta y perderse. Pensar en uno de los sexos como difetado haciéndolo esos dos días, es tal

vez un esfuerzo. Perturba la unidad del espíritu. Ahora había cesado ese esfuerzo y la unidad se había restablecido, mediante el espectáculo de dos personas que se juntaban y subían a un taxi.

La mente es por cierto un órgano muy misterioso, reflexioné, (retirando mi cabeza de la ventana) del que no sabemos nada absolutamente, aunque dependamos de él por completo. ¿Por qué sentiré entonces que hay desacuerdos y oposiciones en la mente, como hay tirantezas por causas evidentes en el cuerpo? ¿Qué quiere uno decir con la “unidad de la mente”? pensé, pues la mente se puede concentrar con tal intensidad en cualquier punto que parece incapaz de un estado solo de ser. Por ejemplo: puede separarse de la gente en la calle, e imaginarse aparte en una ventana elevada que los domina. O puede pensar con otras personas espontáneamente, como en el caso de una multitud que espera que le lean una noticia. Puede traspensar, a través de sus padres o de sus madres, como ya dije que las mujeres escriben a través de sus madres. Además, si uno es mujer, la suele sorprender una brusca división de la conciencia — digamos al bajar por Whitehall — cuando deja de ser la natural heredera de esa civilización y se siente exterior, forastera y crítica. Es claro que la mente siempre está variando su foco, y ensayando diversas perspectivas con el mundo. Pero ciertos estados de conciencia, aunque adoptados con toda espontaneidad, parecen menos cómodos que otros. Para persistir en ellos, uno sin querer reprime algo, y gradualmente la represión importa un esfuerzo. Pero debe haber un estado en el que uno puede persistir sin esfuerzo, porque no hay nada que reprimir. Y éste, quizá, pensé, volviendo de la ventana, es uno de ellos. Porque cuando vi la pareja subir al taxi, la mente sintió como si luego de dividida, se hubiera soldado de nuevo en una fusión natural. La evidente razón sería que lo natural es que los dos sexos cooperen.

Hay un instinto profundo, aunque irracional, en pro de la teoría de que la unión del hombre y de la mujer procura la mayor satisfacción, la felicidad más completa. Pero la vista de las dos personas subiendo al taxi y la satisfacción que me dió, hizo que me preguntara también si no habría dos sexos en el espíritu correspondientes a los dos en el cuerpo, y si no sería preciso juntarlos para lograr completa satisfacción y felicidad. Y me puse a delinear de cualquier manera un plano del alma, en el que dos poderes presidían, uno varón y otro hembra; y en el cerebro del hombre el varón predomina, y en el de la mujer la hembra. El estado normal y placentero, es cuando están en armonía los dos, colaborando espiritualmente. Hasta en un hombre, la parte femenina del cerebro debe ejercer influencia; y tampoco la mujer debe rehuir contacto con el hombre que hay en ella. Esa tal vez fué la intención de Coleridge cuando dijo que una gran inteligencia es andrógina. Cuando se opera esa fusión, la mente queda fecundada plenamente y dirige todas sus facultades. Quizá una mente del todo masculina no puede crear, así como tampoco una mente del todo femenina, pensó. Pero convendría saber lo que se entiende por mujeril viril, e inversamente por viril mujeril, deteniéndose a revisar un libro o dos.

Cuando Coleridge dijo que toda gran inteligencia es andrógina, para nada pensó en una inteligencia que simpatizara especialmente con las mujeres; una inteligencia que defendiera su causa o se dedicara a su interpretación. Quizá la inteligencia andrógina propende menos a esas distinciones que la inteligencia de un solo sexo. Quería decir, tal vez, que la inteligencia andrógina es resonante y porosa; que transmite sin dificultad la emoción; que es naturalmente creadora, indivisa e incandescente. De hecho, uno recurre a Shakespeare como arquetipo que ahora es imposible recuperar la

opinión de Shakespeare sobre las mujeres. Y si es verdad que uno de los signos de la mente del todo desarrollada es que no piensa especial o separadamente en el sexo, ahora más que nunca es difícil alcanzar esa condición. Aquí llegué a los libros de escritores contemporáneos, y me detuve a sospechar si aquello no sería la causa de algo que me había intrigado por mucho tiempo. Ninguna época ha tenido una conciencia tan estridente del sexo como la nuestra; la prueba son esos innumerables libros en el Museo Británico, escritos por hombres acerca de mujeres. Sin duda les corresponde alguna culpa a las sufragistas. Deben haber despertado en los hombres un extraordinario deseo de auto afirmación; deben haberlos impulsado a enfatizar su propio sexo y sus características, cosa que no hubiera pasado sin ese desafío. El hombre desafiado, aunque no sea más que por unas cuantas mujeres de sombrero negro, reacciona, de manera un tanto excesiva: sobre todo, si es la primera vez en la Historia. Eso, tal vez, explica ciertas características que recuerdo haber encontrado aquí, pensé, tomando la reciente novela del señor A., que está en la plenitud de su vigor y que les agrada tanto a los críticos. La abrí. En verdad, era delicioso volver a leer lo escrito por un hombre. Era tan directo, tan de frente, después de lo escrito por las mujeres. Indicaba tal independencia de espíritu, tanta libertad de persona, tal confianza en sí mismo. Se sentía un bienestar casi físico ante esa mente libre, bien alimentada, bien educada, que nunca había sido torcida o contrariada, que había gozado de plena libertad desde que nació para estirarse como quisiera. Todo eso era admirable. Pero al cabo de un capítulo o dos una sombra pareció tenderse sobre la página. Era una raya bifurcada y oscura, una sombra de forma parecida a la palabra "yo". Uno trataba de esquivarse por cualquier lado para ver el paisaje detrás de la sombra. No se podía divisar si había un árbol o una mujer paseando.

Siempre la palabra “yo” que me reclamaba. Uno empezaba a cansarse de “yo”. No es que ese “yo” no fuera un “yo” de lo más respetable; honrado y consecuente, duro como una nuez, pulido por siglos de buena educación y buena comida. Desde el fondo del corazón respeto y admiro ese yo. Pero — aquí volví una página o dos, en busca de una cosa o de otra — lo peor es que a la sombra de la palabra “yo”, todo es informe como la niebla. ¿Es eso un árbol? No, es una mujer. Pero — no tiene un hueso en el cuerpo, pensé, observando a Phoebe, pues tal era su nombre, atravesar la playa. Entonces Alan se levantó y la sombra de Alan borró inmediatamente a Phoebe. Porque Alan abundaba en opiniones y Phoebe estaba como ahogada en la pleamar de sus opiniones. Alan, pensé, también tiene pasiones; y aquí volví las páginas muy ligero, sintiendo que la crisis era inminente, y así fué. Sucedió al sol, en la playa. Estaba escrito con toda libertad. Estaba escrito con todo vigor. Nada pudo haber sido más indecente. Pero... ya he dicho “pero” demasiadas veces. No se puede seguir diciendo “pero”. Hay que cerrar la frase de algún modo, me amonesté. Acaso la cerraré: “Pero — estoy aburrida!” ¿Pero por qué estoy aburrida? En parte, por el predominio de la palabra “yo” y la aridez que proyecta su sombra, como la del haya gigante. Nada puede crecer ahí. Y en parte por otra razón más oscura. Parecía que en la mente del señor A. hubiera algún obstáculo, alguna traba que cegara el manantial de la energía creadora y lo redujera a límites estrechos. Y recordando a la vez el almuerzo en Oxbridge y la ceniza del cigarrillo y el gato rabón y Tennyson y Christina Rossetti, me pareció posible que la traba estuviera ahí.

Como él ya no canturrea en voz baja: “Ha caído una lágrima espléndida de la pasionaria en la puerta”, cuando Phoebe cruza la

“Mi corazón es como un pájaro cantor

que tiene el nido en una rama sobre el agua”, cuando Alan se acerca ¿qué puede hacer? Siendo (como en efecto lo es) honrado como el día y consecuente como el sol, hay una sola cosa que puede hacer. Y esa cosa la hace, justo es decirlo, una y otra vez (dije volviendo las páginas) y muchas otras veces. Y eso, añadí, consciente de la horrible naturaleza de mi confesión, parece algo aburrido. La indecencia de Shakespeare desentierra mil otras cosas en la mente de quien lo lee, y dista mucho de ser aburrida. Pero Shakespeare lo hace con gusto; el señor A., como dicen las niñeras, lo hace adrede. Lo hace protestando. Protesta contra la igualdad del otro sexo, afirmando su propia superioridad. Por eso está inhibido y trabado y molesto como lo hubiera estado Shakespeare si hubiera conocido a Miss Clough y a Miss Davies. Sin duda la literatura Isabelina hubiera sido muy distinta de lo que fué si el movimiento feminista hubiera comenzado en el siglo dieciséis y no en el diecinueve.

Si mi teoría de los dos lados de la mente no es un error, lo masculino acaba de tomar conciencia de sí mismo — vale decir, los hombres ya no escriben sino con el lado viril de su cerebro. La mujer que los lee comete una equivocación, porque inevitablemente busca algo que no hallará. La facultad de sugestión es la que uno extraña, pensé, tomando al crítico señor B. y leyendo, con mucho cuidado y mucha aplicación, sus notas sobre el arte de la poesía. Muy capaces eran, muy agudas y llenas de erudición; pero lo malo es que sus sentimientos no se comunicaban: su inteligencia estaba como aislada en cámaras distintas; ni un sonido iba de una a la otra. Cuando uno toma una sentencia del señor B., ésta se cae al suelo, muerta; pero cuando uno toma una sentencia de Coleridge, ésta explota y da nacimiento a otras ideas de todas clases, y sólo de esa literatura cabe decir que tiene el secreto de la vida inmortal.

Pero sea cual fuera la razón, el hecho es deplorable. Porque significa — aquí yo estaba ante unos estantes de libros de Mr. Kipling y de Mr. Galsworthy — que algunas de las obras más bellas de los mayores escritores contemporáneos encuentran oídos sordos. Una mujer, por más que se esfuerce, no dará en ellas con esa fuente de vida inmortal que según los críticos está ahí. No es tan sólo porque celebran virtudes masculinas, imponen valores masculinos y describen el mundo de los hombres; es que hasta la emoción que las satura es incomprendible a una mujer. “Ya se viene, ya se acumula, ya está por reventar”, uno empieza a decir mucho antes del fin. Ese cuadro caerá sobre la cabeza del viejo Jolyon; la sacudida lo matará; el viejo secretario pronunciará sobre él dos o tres palabras mortuorias; y todos los cisnes del Támesis romperán simultáneamente a cantar. Pero uno se escurrirá antes que eso suceda y se esconderá entre las matas, porque la emoción que es tan profunda, tan sutil y tan simbólica para un hombre deja azorada a una mujer. Lo mismo pasa con aquellos oficiales de Mr. Kipling que vuelven la espalda, y sus Sembradores que siembran la Semilla, y sus Hombres que están solos con su Trabajo; y la Bandera — uno se avergüenza de tanta mayúscula como si la hubieran sorprendido espiando una orgía enteramente masculina. El hecho es que ni Mr. Kipling ni Mr. Galsworthy tienen una sola chispa de mujer. Por eso, todas sus cualidades, le resultan a una mujer — si es lícito generalizar — toscas e inmaduras. Carecen de poder sugestivo. Y cuando un libro carece de poder sugestivo, no puede penetrar en la mente por más que golpee la superficie.

Y con ese humor desasosegado en que uno saca un libro y lo vuelve a guardar sin haberlo abierto, me puse a contemplar una edad futura de afirmativa y pura virilidad, como la que parecen presagiar las cartas de los profesores — las de Sir Walter Raleigh, por ejemplo —

y la que los jefes de Italia ya han realizado. Porque un ambiente de irreparable virilidad predomina en Roma, y aunque la irreparable virilidad le convenga al estado, es permitido discutir sus efectos sobre el arte de la poesía. Sea lo que fuere, los periódicos informan que en Italia se experimenta alguna ansiedad por la novela. Ha habido una reunión de académicos cuyo fin “es promover el desarrollo de la novela italiana”. “Hombres famosos por su cuna, o en las finanzas, en la industria o en las corporaciones fascistas” se reunieron el otro día a discutir el asunto, y enviaron un telegrama al Duce formulando el deseo “de que la era fascista produjera en breve un poeta digno de ella”. Todos podemos participar en ese piadoso deseo, pero es dudoso que la poesía pueda salir de una incubadora. La poesía necesita de una madre, igual que de un padre. El poema fascista, es de temer, será un abortito horroroso, como los que uno ve en un frasco de vidrio en el museo de algún pueblo de campo. Esos monstruos nunca viven mucho, se ha dicho: uno jamás ha visto un prodigio de esos segando pasto en una pradera. Dos cabezas en un cuerpo no contribuyen mucho a la longevidad.

Sin embargo, la culpa de todo esto, si uno desea echar la culpa, no es mayor en un sexo que en el otro. Todos los seductores y reformadores son responsables: Lady Bessborough cuando le mintió a Lord Granville; Miss Davies cuando le dijo la verdad a Mr. Grey. Todos cuantos han promovido un estado de conciencia sexual tienen la culpa, y son ellos los que me obligan, cuando quiero dar juego a mis facultades en un libro, a buscarlo en esa era feliz, anterior al nacimiento de Miss Davies y de Miss Clough, en que el escritor usaba igualmente los dos lados de su cerebro. Hay que volver a Shakespeare entonces, pues Shakespeare era andrógino; y así lo fueron Keats y Sterne y Cowper y Lamb y Coleridge. Shelley quizá era neutro. Mil-

ton y Ben Jonson eran tal vez un poco demasiado varones. Igual, Wordsworth y Tolstói. En nuestros días Proust era del todo andrógino, si es que tal vez no era demasiado mujer. Pero esa falla es demasiado rara para que uno se queje, ya que sin alguna mixtura de esas, predomina la inteligencia y las otras facultades se endurecen y esterilizan. Sin embargo, me consolé con la reflexión de que tal vez se trata de una faz pasajera; mucho de lo que he dicho en homenaje a mi promesa de seguir el curso de mis pensamientos parecerá anticuado; mucho de lo que deslumbra mis ojos les parecerá discutible a ustedes, que todavía no son mayores de edad.

Aún así, la primera sentencia que escribiría, dije, cruzando al escritorio y tornando la página encabezada: *Las mujeres y la novela*, es que es fatal para el que escribe pensar en su sexo. Es fatal ser un hombre o una mujer pura y simplemente; hay que ser viril-mujeril o mujer-viril. Es fatal que una mujer acentúe una queja en lo más mínimo; es fatal que defienda cualquier causa hasta con razón; o que hable deliberadamente como mujer. La palabra *fatal* no es una metáfora, porque todo lo escrito con ese prejuicio deliberado está condenado a la muerte. Deja de ser fertilizado. Por eficaz y deslumbrante, por magistral y poderoso que nos parezca un día o dos; tiene que marchitarse al atardecer; no puede crecer en las mentes de otros. Alguna colaboración debe realizarse en la inteligencia entre el hombre y la mujer antes que el acto de la creación se pueda cumplir. Algún enlace de contrarios tiene que haberse consumado. Toda la mente debe estar abierta de par en par y así tendremos la certeza de que el escritor está comunicando su experiencia con plenitud perfecta. Tiene que haber independencia y tiene que haber paz. No debe rechinar ni una rueda, ni chispear una luz. Las cortinas deben estar corri-

alizada su experiencia debe recos-

tarse y dejar que su mente celebre su boda en la oscuridad. No tiene que mirar ni preguntar lo que está sucediendo. Tiene, más bien, que arrancar los pétalos de una rosa o fijarse en los cisnes que navegan serenamente río abajo. Y ví de nuevo la corriente que cargó con el bote y el estudiante y las hojas muertas; y el coche cargó con la mujer y el hombre, pensé, viéndolos juntarse en la calle, y la corriente los barrió, pensé, oyendo lejos el rugido del tráfico de Londres — a ese río tremendo.

Aquí, entonces, Mary Beton deja de hablar. Ya les ha dicho cómo arribó a la conclusión — la conclusión prosaica — de que es preciso tener quinientas libras al año y un cuarto con una cerradura en la puerta si quieren escribir novela o versos. Ha procurado desnudar los pensamientos o impresiones que le hicieron pensar así. Les ha pedido que la sigan cayendo en brazos de un Bedel, almorzando aquí, cenando allá, haciendo croquis en el Museo Británico, sacando libros del estante, mirando por la ventana. Mientras ella ha estado haciendo todas esas cosas, sin duda ustedes habrán observado sus fallas y debilidades y habrán determinado el efecto que éstos pueden tener en sus opiniones. Habrán estado contradiciéndola y haciendo los agregados y deducciones que les parecen bien. Eso está bien, porque en un asunto como éste la verdad sólo es asequible cotejando muchas variantes del error. Y ahora acabaré en primera persona, adelantándome a dos críticas, tan evidentes, que no prescindirán ustedes de hacerlas.

Pueden decir, que no he expresado la menor opinión, sobre los méritos comparativos de los sexos, aún como escritores. Esto ha sido a propósito, pues aunque el momento de semejante valoración hubiera llegado, y por ahora es más importante saber cuanto dinero tenían las mujeres y cuántos cuartos, que teorizar sobre sus capacidades — aunque el momento hubiera llegado, no creo que las dotes de inteligencia

o de carácter, puedan pesarse como el azúcar y la manteca, ni aún en Cambridge, donde son tan amigos de clasificar las personas y de ponerles gorros en la cabeza y letras mayúsculas después de los nombres. No creo que el Cuadro de Prioridad que hay en el *Almanaque* de Whitaker represente un orden inapelable de valores, o que haya alguna suficiente razón para suponer que un Comendador de la Orden del Baño precederá definitivamente a un Defensor de Pobres. Toda esa polémica de sexo contra sexo, de cualidad contra cualidad; todo ese alarde de superioridad e imputación de inferioridad, pertenecen a esa etapa escolar de la evolución humana en que hay “lados”, y es preciso que un “lado” le gane al otro y es de suma importancia ascender a una plataforma y recibir de manos del Director en persona una copa de lo más artística. Las personas, a medida que crecen, dejan de creer en “lados” o en Directores o en copas de lo más artísticas. Por lo demás, en lo concerniente a libros, es notoriamente difícil pegar etiquetas de mérito de modo que no se despeguen. ¿No son acaso las notas bibliográficas de literatura corriente una perpetua demostración de la dificultad de juzgar? “Este gran libro”, “este libro nulo”; se aplican los dos nombres a un mismo libro. Elogio y vituperio nada significan. No, por delicioso que sea el pasatiempo de medir, es de todas las ocupaciones la más inútil, y someterse a los decretos de las mensuras la más servil de las actitudes. Escribir lo que uno quiere escribir, es lo único que importa, y que eso importe por siglos o por horas, es lo de menos. Pero sacrificar un pelo de la cabeza de su visión, un matiz de su color, para complacer a algún Director con una copa de plata en la mano, o a un profesor con una vara de medir en la manga, es la más abyecta traición, y el sacrificio de la fortuna y de la castidad que se consideraba el mayor de los desastres humanos; picadura de pulga. Pienso tam-

bién, que ustedes pueden objetar que he concedido demasiada importancia a las cosas materiales. Aunque me dejen un generoso margen de simbolismo, — aunque resuelvan que quinientas libras al año significan el poder de la introspección, y una cerradura en la puerta el poder de pensar por uno mismo — pueden sin embargo decir que la inteligencia debe sobreponerse a esas cosas; y que los grandes poetas fueron, a menudo, hombres pobres. Permítanme citar las palabras de su propio Profesor de Literatura, que sabe más que yo los elementos de que se hace un poeta. Sir Arthur Quiller-Couch escribe:

“¿Cuáles son los grandes nombres poéticos de los últimos cien años? Coleridge, Wordsworth, Byron, Shelley, Landor, Keats, Tennyson, Browning, Arnold, Morris, Rossetti, Swinburne — podemos detenernos ahí. Todos ellos, salvo Keats, Browning y Rossetti fueron universitarios; y de esos tres, el único que no tenía un pasar, fué Keats, que murió joven, tronchado en su plenitud. Suena brutal, y en efecto es triste decirlo: pero la teoría de que el genio poético sopla donde quiere, parejamente en ricos y pobres, tiene muy poco de verdad. De hecho, nueve de esos doce poetas eran universitarios; lo que quiere decir que de algún modo consiguieron la mejor educación que puede suministrar Inglaterra. De los tres restantes, bien saben ustedes que Browning era rico, y si no hubiera sido rico, no hubiera jamás escrito *Saul* o *El Anillo y el Libro*. (Tampoco Ruskin hubiera alcanzado a escribir *Pintores Modernos* si a su padre no le hubiera ido bien en negocios). Rossetti gozaba de una pequeña renta particular, y además, pintaba. Sólo nos queda Keats, a quien Atropos mató joven, como mató a John Clare en un manicomio, y a James Thomson con el láudano que tomaba para narcotizar su fracaso. Tales hechos son espantosos, pero encarémoslos. Por deshonroso que sea para nosotros como nación, es indudable que por algún defecto en nuestra república, el poeta pobre no

tenía en aquellos días, y hace doscientos años que no tiene, la menor oportunidad. Créanme — y he dedicado buena parte de diez años a vigilar unas trescientas veinte escuelas elementales —, hablamos mucho de nuestra democracia, pero en el día de hoy, un chico pobre en Inglaterra no tiene más posibilidad de alcanzar esa emancipación intelectual de la que nacen los grandes libros, que la que podía tener el hijo de un esclavo ateniense”.

Imposible decir las cosas más claro. El poeta pobre no tenía en aquellos días, y hace doscientos años que no tiene, la menor oportunidad... “un chico pobre en Inglaterra no tiene más posibilidad de alcanzar esa emancipación intelectual de la que nacen los grandes libros, que la que podía tener el hijo de un esclavo ateniense”. Así es. La independencia intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres han sido siempre pobres, no sólo por doscientos años, sino desde el principio del tiempo. Las mujeres han tenido menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres, por consiguiente, no han tenido la menor oportunidad de escribir poesía. He insistido tanto por eso en la necesidad de tener dinero y un cuarto propio.

Sin embargo, gracias a las fatigas de esas oscuras mujeres en el pasado, de las que desearía saber más, gracias (es bastante curioso) a dos guerras, la de Crimea que sacó a Florence Nightingale de su sala, y la Europea que abrió las puertas a la mujer común unos sesenta años después, esos males van en camino de mejorar. De otro modo, no estarían ustedes aquí esta noche, y su oportunidad (bastante precaria) de ganar quinientas libras al año, sería del todo imperceptible.

Pero, objetarán ustedes, a qué atribuir tanta importancia a la composición de libros por mujeres, cuando, según yo misma admito, re-

vez a que uno asesine a su tía, hace

con casi toda seguridad que uno llegue tarde a almorzar, y puede provocar discusiones graves con hombres muy simpáticos? Mis motivos, lo confieso, son en parte egoístas. Como la mayoría de las inglesas incultas, me gusta leer — me gusta leer libros en montón. Últimamente mi régimen ha sido algo monótono: la historia trata demasiado de guerras; la biografía, demasiado de grandes hombres; la poesía ha mostrado, me parece, una propensión a la esterilidad, y la novela — pero ya he destacado bastante mis incapacidades como crítica de la literatura moderna y no diré una palabra más. Por eso les ruego que escriban toda clase de libros, por trivial o por vasto que sea el tema. Por las buenas o por las malas, espero que ustedes adquirirán bastante dinero para haraganear y viajar, para considerar el porvenir o el pasado del mundo, para soñar sobre los libros y demorarse en las esquinas y dejar que la línea del pensamiento se sumerja hondo en el río. Porque no quiero que se limiten a la novela. Si quieren complacerme — y hay miles como yo — escribirán libros de viaje y aventuras, de investigación y de erudición, de historia y biografía y crítica y filosofía y ciencia. Con todo eso, adelantarán el arte de la novela.

Porque los libros influyen unos en otros. La novela será mucho mejor si se codea con la filosofía y los versos. Además, basta considerar cualquier gran figura del pasado, como Safo, como la Murasaki, como Emilia Brontë, para ver que no es menos heredera que iniciadora, y que ha existido porque las mujeres ya estaban habituadas a escribir; de modo que hasta como preludeo de la poesía tal actividad de parte de ustedes, será de gran valor.

Pero al revisar estas notas y criticar mi propio tren de ideas cuando las escribí, hallo que mis motivos no fueron del todo egoístas. Corre a través de estas divagaciones y comentarios la convicción — ¡o

será el instinto? — de que los buenos libros son deseables y de que los buenos escritores, aunque muestren todos los matices de la depravación humana, son, sin embargo, buenos seres humanos. Así, al pedirles que compongan más libros, les estoy pidiendo algo que será para su propio bien, y para bien del mundo. No sé de qué manera justificar esa fe o ese instinto, porque los términos filosóficos, — si uno carece de instrucción universitaria — suelen ser traicioneros. ¿Qué quiere decir “realidad”? Parecería que es algo muy imprevisible, muy caprichoso: algo que puede estar en un camino polvoriento, o en un diario roto en la calle, o ser un narciso en el sol. Ilumina un grupo de gente en un cuarto y destaca un dicho casual. Nos anonada cuando regresamos a casa bajo las estrellas, y hace que sea más real el mundo silencioso que el mundo de la palabra — y ahí está de nuevo en un ómnibus y en el tumulto de Piccadilly. A veces, también, parece habitar formas demasiado distantes para que discernamos su naturaleza. Pero hace permanente y fija todo lo que toca. Es lo que queda cuando la cáscara del día ha sido arrojada por la borda; es lo que queda del tiempo que pasó y de nuestros odios y amores. El escritor, pienso, tiene la suerte de vivir más que los otros en presencia de esta realidad. Su oficio es descubrirla y juntarla y comunicarla a los otros. Así lo infiero al menos, de la lectura de *Lear* o *Emma* o *A la recherche du temps perdu*. Pues la lectura de esas obras parece practicar una curiosa operación en los sentidos: uno ve después con más intensidad; el mundo está como desnudo de su envoltura y dotado de más intensa vida. Hay las personas envidiables que viven enemistadas con la irrealidad; hay los dignos de lástima que están anonadados por lo hecho, sin conocimiento y sin comprensión. Así, cuando les pido que ganen dinero y tengan un cuarto propio, les estoy pidiendo que vivan en

presencia de la realidad; una vida estimulante, parece, puédase o no comunicarla.

Aquí me detendría, pero una convención decreta que todo discurso debe acabar con una peroración. Y una peroración dirigida a mujeres debería contener algo, ustedes convendrán, particularmente idealista y sublime. Yo debería suplicarles que recordaran sus responsabilidades, que fueran más espirituales, más elevadas; yo debería recordarles cuánto depende de ustedes, y qué influencia pueden ejercer en el porvenir. Pero esas exhortaciones pueden dejarse sin mayor peligro al otro sexo, que las expondrá, o mejor dicho ya las ha expuesto, con mayor elocuencia que la que yo puedo suministrar. Al revolver mi propio espíritu no encuentro el sentimiento noble de que todos somos compañeras e iguales y debemos encaminar el mundo a fines más altos. Me encuentro diciendo breve y prosaicamente que lo más importante es ser una misma. Ni piensen en influir en otras personas, yo les diría, si supiera decirlo de un modo noble. Piensen en las cosas en sí.

Y hojeando diarios y novelas y biografías, recuerdo que cuando una mujer habla a otras mujeres, debe tener una intención muy desagradable. Las mujeres son duras con las mujeres. A las mujeres las mujeres les desagradan. Las mujeres — ¿pero no están hartas ustedes de esa palabra? Les aseguro que yo lo estoy. Convengamos, entonces, que una conferencia leída por una mujer a mujeres debe acabar de un modo particularmente desagradable.

¿Pero cómo proseguir? ¿de qué pensar? Lo cierto es que me suelen gustar las mujeres. Me gusta su falta de convencionalidad. Me gusta su entereza. Me gusta su anonimia. Me gusta — pero no debo soltarme de esta manera. Ese armario — ustedes dicen que está lleno de servilletas limpias ¿pero si Sir Archibald Bodkin estuviera escondido entre ellas? Permítanme adoptar un tono más severo. ¿Les he co-

municado con el necesario vigor las amonestaciones y la reprobación de los hombres? En todo caso, les he repetido el bajo concepto en que las tenía Mr. Oscar Browning. Les he indicado lo que Napoleón pensaba de ustedes y lo que piensa Mussolini. Además, por si alguna de ustedes piensa en hacer novelas, he copiado para su gobierno, aquella advertencia de un crítico sobre el convencimiento valeroso de las limitaciones de nuestro sexo. He aludido al profesor X y he destacado su afirmación de que la mujer es intelectual, moral y físicamente inferior al hombre. He transmitido todo lo que he encontrado sin ir a buscarlo, y ahora les traigo una advertencia final — de Mr. John Langdon Davies (1). Mr. John Langdon Davies nos advierte “que cuando los niños dejan de ser del todo deseables, las mujeres dejan de ser del todo necesarias”. Espero que ustedes tomarán nota.

¿Cómo alentarlas de otro modo a encarar el riesgo de la vida? Señoritas, les diría yo, y escúchenme bien, pues la peroración ya empieza, en mi entender todas ustedes son vergonzosamente ignorantes. Jamás han descubierto nada que valga. Jamás han sacudido un imperio o capitaneado un ejército. Los dramas de Shakespeare no los escribieron ustedes, y nunca han introducido en un pueblo bárbaro los beneficios de la civilización. ¿Qué disculpa tienen? Ustedes argüirán, señalando las calles y las plazas y los bosques del mundo, repletos de habitantes negros y blancos y color café, atareados todos en el comercio, en las empresas y en el amor, que hemos tenido entre manos otra tarea. Sin ella, esos mares estarían sin navegar y esas tierras serían un páramo. Hemos concebido y criado y lavado y enseñado, tal vez hasta los seis o siete años, los mil seiscientos veintitrés millones de seres humanos, que ahora pueblan el mundo, según el atlas, y eso también toma su tiempo.

en — no lo discuto. Pero ¿me per-

por John Langdon Davies.

mitirán recordarles que desde 1866 hay a lo menos dos colegios para mujeres en Inglaterra; que desde 1880 la ley permite a la mujer casada el manejo de sus propios bienes; y que en 1919 — hace ya nueve años — le concedieron el voto? ¿Puedo recordarles también que hace casi diez años, les están abiertas la mayoría de las profesiones? Tomen en cuenta esos privilegios enormes y el tiempo que han estado gozando de ellos, y el hecho de que habrá en este momento unas dos mil mujeres capaces de ganar más de quinientas libras al año, y convendrán que ya no sirve para nada la excusa de falta de oportunidad, preparación, estímulo, tiempo y dinero. Además, los economistas están diciéndonos que Mrs. Seton ha tenido demasiados hijos. Por supuesto, ustedes deben proseguir teniendo hijos, pero, según parece, de a dos o tres, no de a diez o de a doce.

Así, con algún tiempo disponible y algún recuerdo de lecturas en la cabeza — ya han aprendido bastante de otra manera, y sospecho que las mandan a la universidad, para que las deseduquen — ya pueden emprender otra etapa de su muy larga, muy trabajosa y altamente oscura carrera. Mil escritores abundan en sugerencias de lo que deben hacer y del efecto que tendrán. Mi propia sugerencia es algo fantástica; prefiero, por consiguiente, darle forma de fábula.

Les he dicho en el curso de esta conferencia que Shakespeare tenía una hermana; pero no la busquen en la auténtica biografía de Sir Sidney Lee. Murió joven — ay, nunca escribió una línea. Está sepultada donde ahora se paran los ómnibus, frente al Elefante y la Torre. Mi credo es que ese poeta que jamás escribió una línea y que yace en la encrucijada, vive todavía. Vive en ustedes y en mí y en muchas otras mujeres que no nos acompañan esta noche, porque están lavando los platos y acostando a los chicos. Pero vive, porque los grandes poetas no mueren: son presencias continuas; sólo precisan una

oportunidad para andar entre nosotros de carne y hueso. Pienso que en breve, ustedes le podrán ofrecer esa oportunidad. Porque mi credo es que si perduramos un siglo o dos — hablo de la vida común que es la verdadera y no de las pequeñas vidas aisladas que vivimos como individuos — y tenemos quinientas libras al año y un cuarto propio; si nos adiestramos en la libertad y en el coraje de escribir exactamente lo que pensamos; si nos escapamos un poco de la sala común y vemos a los seres humanos no ya en su relación recíproca, sino en su relación a la realidad; si miramos los árboles y el cielo tales como son; si miramos más allá del cuco de Milton, porque no hay ser humano que deba taparnos la vista; si encaramos el hecho (porque es un hecho) de que no hay brazo en que apoyarnos y de que andamos solas y de que estamos en el mundo de la realidad y no sólo en el mundo de los hombres y las mujeres, entonces la oportunidad surgirá y el poeta muerto que fué la hermana de Shakespeare se pondrá el cuerpo que tantas veces ha depuesto. Derivando su vida de las vidas desconocidas que la precedieron, como su hermano lo hizo antes que ella, habrá de nacer. Esperar que venga sin esa preparación, sin ese esfuerzo nuestro, sin esa resolución de que cuando renazca le será posible vivir y escribir su poesía, es del todo imposible. Pero sostengo que vendrá si trabajamos por ella y que vale la pena trabajar hasta en la oscuridad y en la pobreza.

88 - (Por la opinión afuera
algunos valores lo li-
berista, lo mismo en
la vida)

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
PARA LAS EDICIONES "SUR" EN SU
PRIMERA Y ÚNICA TRADUCCIÓN ES-
PAÑOLA AUTORIZADA POR LA AUTO-
RA, EN LA IMPRENTA LOPEZ
PERU 666, BUENOS AIRES, A ME-
DIADOS DEL MES DE JULIO DE 1936.